

Manuel Quiroga Clérigo  
Joaquín Copeiro  
Ángel del Valle Nieto  
Jesús Rubio  
Jesús Pino  
Virginia A. Lobos  
Ian Mackinnon  
María Antonia Ricas  
Esteban Ramírez Plaza  
Gustavo Luengo  
Nieves Salvador  
Adelina Esteban  
Pilar Jimeno Salvatierra  
Daniel Pino  
Elisa Romero  
José Carlos Beltrán  
M<sup>ra</sup> Auxiliadora López Rodríguez  
Miguel Ángel Curiel  
Enrique Galindo  
Juan Carlos Pantoja  
Paco Morata  
Lola López Díaz

*Ilustraciones:* Jesús García y  
Ana Quirós

# HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 17. Toledo. 2000

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y  
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino  
María Antonia Ricas  
Joaquín Copeiro  
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz





## MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

*Para Pilar*

**N**O ME OBLIGUES AMOR a hacer sonetos  
cuando llego a tu lado enternecido.  
Un soneto ha de ser algo sentido,  
el poema que tiene dos cuartetos.

Al verte aspiro solo a tus secretos,  
a que tu escote sea consentido.  
Quiero hallar tu perfume inmerecido,  
no tener que escribir ambos tercetos.

Solo busco el clamor de tu presencia,  
el compartir minutos y caricias,  
descubrir paraísos y jardines.

Tú sabes que los versos son la esencia  
para hablar de fulgores y delicias  
y lograr el amor que me destines.

*Madrid 21.2.2000*

## PRONÓSTICO

*Para Pilar*

**P**uedo encontrar tus manos, tus mejillas  
frente a la primavera principiante.  
Tú serás quien me llame, la ordenante  
de esperadas caricias, tan sencillas.

Tal vez deje en tu boca las semillas  
de algún amor antiguo, ilusionante,  
aquel espacio vivo e inquietante  
que jamás se perdía en mil rencillas.

Ahora busco tu amable compañía,  
tu dulce lencería reposada  
en las noches de otoño o de febrero.

Quiero ofrecerte acaso otra alegría  
en las tardes de espera enamorada  
y encontrarte de nuevo en mi sendero.

*Madrid 16.2.2000*

## MANOS

**H**e visto nuevamente algunos rasgos  
palpitantes, intensos y perennes,  
de tu sombra de arcilla apasionada,  
y tu voz de futuro inventaba pacífica  
los vientos permanentes o ambiguos,  
moderados o leves, de un verano.

Has pasado muy cerca y ya escuchabas  
una música extraña que era simulacro  
de tu voz de ola firme en la tiniebla.

Sin embargo la noche nos separó otra vez,  
nos llenó de distancia, de hiel y de afonía.

Pero hoy sigo esperando una tranquila tarde,  
un verano de azahares y horas transitadas,  
en que tus manos suaves acaricien mis manos.

*Mujer*

Quiero merodear por tu calle en domingo,  
descubrir tus ventanas de invierno,  
aquellos habitantes de algún mundo que duerme.

Me siento todavía condenado a mirarte,  
a escuchar los paisajes en que queda tu aliento,  
el extraño horizonte en que aún no apareces.

Pero espero que llegues tranquila a los jardines,  
que tu cuerpo de lirio emerja de las sombras:  
sólo entonces sabré que ya es primavera.



---

**JOAQUÍN COPEIRO**

**S***i la lesión es tan grave,*  
*es para dudar de Dios,*  
dijo Pelé conmovido,  
y una paloma de amor,  
¡oh gran paradoja bíblica!,  
voló de un ángulo a otro  
del triángulo equilátero,  
confundiendo al padre con el hijo,  
a la lluvia con la tierra seca,  
a las moscas carroñeras con las estrías del hambre,  
a los niños con los viejos  
y a los pechos de las madres  
con los sinfónicos estertores  
del Dow Jones o del Nikkei  
y del pensamiento que es uno y que es trino;  
también confundió los tanques  
con las caracolas carcomidas  
por el óxido y la caries.

De *ce-ene-ene-plus*,  
fulano de tal y tal nos muestra  
un océano de lodo y sal  
y un desierto de pezones.

Desde un *jumbo* de cristal,  
el viejo patriarca pide perdón  
por pecados cometidos hace siglos,  
aunque nunca haya rezado en Mozambique,  
por ejemplo,  
ni pretenda alguna vez salmodiar en Etiopía,  
¡tan viajero como es!  
a Ronaldo se le rompe la rodilla  
y un *número uno* de este mundo  
le hace llegar sus quejas a Dios;  
al *balseiro*  
se lo zampan en rodajas en Miami,  
que el viejo patriarca sí va a La Habana  
de Fidel,  
y el océano de arenas movedizas  
desaparece de las pantallas  
y de las primeras páginas,  
porque es más fácil que el *móvil* de Pelé  
sea descolgado por Dios directamente,  
que no que se cuele un rico  
por el ojo de una aguja,  
¡y todos se cuelan, así que... !

Seguro que el famoso brasileñito  
volverá a abarrotar los estadios  
y Pelé no dudará jamás de Dios.

## ÁNGEL DEL VALLE NIETO

*«... Y yo me iré. (... )  
Y se quedará mi huerto, con su verde árbol,  
Y con su pozo blanco»*

(Juan Ramón Jiménez)

...Y, mientras me lleven,  
en horas de tarde o de mañana,  
acompañado del sol o de la lluvia;  
mientras sigan viviendo los que lloran  
la partida de ese fraude llamado  
Ángel del Valle,  
estaré sin pozo blanco,  
y habré dejado atrás mi huerto.  
Quedaré sin cielo azul,  
sin más capa que tu Misericordia.  
Mientras intento -pobre hombre- ocultar  
a la exacta mirada de tus ojos  
todo lo injusto que he sido contigo y con mi hermano.  
¡Qué momentos los siguientes a mi muerte,  
cuando todos me lloren juntos  
y yo me llore solo,  
buscando en el fiel de tu Justicia  
el nuevo azul tendido para mí  
desde el árbol verde de una Cruz lejana.

Entonces cantarán, ya para siempre,  
los pájaros callados momentáneamente por las lágrimas.  
Entonces se hará infinito el pozo blanco  
y el árbol cubrirá mi eternidad de verde...  
Esta es la esperanza que llevo y que no dejo  
ni en el huerto ni en el árbol ni en el pozo.  
Y a la que ponen música Tus pájaros que cantan.

«DESDE ENTONCES»

**S**í, desde ese adverbio.  
Desde ese adverbio de tiempo  
que no establece nada  
en sus límites del todo,  
que se queda en las frases  
más abierto que el mar  
porque el tiempo es el mar más abierto.  
No, no lo quiero  
como adverbio de modo, que dice el Diccionario,  
ni como locución  
ni como interjección:  
Le quiero y le empleo  
y le traigo a mi título  
como frontal de un tiempo,  
del tiempo que tú llenas;

de ese tiempo que ha venido  
en su cauce hasta mí, con tu amor;  
de ese tiempo sin fechas ni medida  
que quiero exacto, para ti,  
desde entonces...

## DOS POEMAS A TOLEDO

### «La señal»

**T**oledo 40.  
¿Cuarenta qué?  
¿Cuarenta anhelos de curvas,  
cuarenta esfuerzos de cuestas?  
¿Cuarenta unidades de tiempos,  
o de cielos, o de espacios?  
¿Cuarenta emociones  
en sístoles y pulsos contenidas?  
¿Cuarenta impaciencias?  
¿Cuarenta unidades de esperanza?  
¿Cuarenta qué, Toledo,  
cuarenta qué?

**«Regreso»**

**E**l viento ha traído la noche.  
Y yo vuelvo de ti  
contigo a mi lado.  
Al alejarse  
-si es que se alejan-  
me gustaría que, sin romperse,  
tu corazón y el mío se estirasen,  
como si fueran núcleos  
que nunca se escindieran.  
Y que mi citoplasma  
unido al tuyo en sus propios filamentos  
la vida recibiera  
de la misma vida  
en ti nacida.  
Y, así, permaneciésemos unidos en tu flujo vital.  
Más allá de los tiempos,  
por encima de espacios  
y, en caminos sin bordes,  
más allá de estos versos...

---

**JESÚS RUBIO**

## IX

**E**L HUMO Y SU DERROTA COTIDIANA.

Aburrido compás de la existencia.  
¡Vivir! ¡Vivir! ¡La más oscura ciencia!  
Nos nace un tribunal cada mañana.

La memoria, la experta danza vana.  
¡Hastío! ¡Hastío! Dócil experiencia.  
Horarios, plazos, fichas sin conciencia...  
Una celda detrás de la ventana.

Orgía de armisticios con la muerte.  
Aplazada, la nada nos acecha,  
la luz nos apuñala sin piedad.

Apariciones, ánimas sin suerte,  
vagamos esperando nuestra fecha,  
nuestra cita final con la verdad.

## X

**E**L VENCEJO, VENCIDO Y YA MALTRECHO,  
con las alas borrachas de aventura,  
¿qué pensará? «¿Feliz mi singladura?»  
O tal vez: «No me encuentro satisfecho»,

¿Dolor? ¿Quizás un ay que está al acecho?  
El camino ... ¿se aína de amargura?  
¿Vivir duele o emborracha de dulzura?  
¿Cuál es la verdad? ¿Todo y nada hecho.?

Cuando la luz se aleja del postrado,  
¿a dónde viajará su pensamiento?  
¡Hacia dónde! ¡Decidme! ¿Quién responde?

«Esto es lo que hay». Dice el maniatado  
fantasma del espejo al que me enfrento.  
«Esto es lo que hay», dícame y se esconde.



XI

**B**AILAR CON LA TRISTEZA NO ES TAN GRAVE,  
Así se entiende: vida y soledad  
comparten mesa y lecho; la verdad  
de este largo camino a veces suave.

En la senda el sonido nunca sabe.  
¿Es voz, eco, tormenta, claridad?  
¿La pasión sorbo a sorbo? ¿Vanidad?  
Sólo sé que cuanto es, apenas cabe.

Los raptados lo llaman existencia,  
los rendidos lo llaman caminar,  
los que dudan, triste crucigrama.

Y sólo el astrónomo y su ciencia  
o el perro que a la luna hace temblar  
ven la danza del viento con la rama.

## XII

**U**N MAL QUE DEGENERAR». ¿SERÁ CIERTO?  
El tiempo con su espada y su celada:  
nuestra frutal pasión, apuñalada,  
y nuestro aliento, un son vacío y yerto.

Adiós al pentagrama y su concierto,  
el ruido llegará, será la nada  
y el hastío con su voz ensimismada  
nos legará un final y un libro muerto.

Se calzará pantuflas nuestro fuego.  
(Polvo será, mas polvo olvidadizo).  
Nube, amarilla nube, nuestro mar.

Quememos nuestras naves, te lo ruego;  
asfixiemos el hoy tan quebradizo.  
Que el olvido nos tenga que buscar.

XIII

**H**ACIA EL SUR DE TU CUERPO, DESCENDIENDO...

Aguacate, limón, aceite, lino.

Tu aliento sincopado, mi camino,  
tu piel, puro seísmo. Voy muriendo.

Firmamentos gemelos, pretendiendo.

Tú te alzas, vencedora, yo me inclino;  
me besas y te besas (dulce vino):  
¡Luz! ¡Luz! Y al mundo todo oscureciendo.

Al final, los colores se descubren,  
los arroyos se remansan en su lecho  
y derraman las nubes su alegría.

Y las sedas ocultan, mas no cubren,  
las dos almas felices. Es un hecho:  
huye el mal, es de noche y reina el día.

## XIV

**E**N LAS NUBES BAILANDO TE HE SOÑADO,  
con gatos abrasándose a tu vera.  
Y un loro tartamudo, una habanera  
perpetraba a la *terza rima* atado.

La Urraca de Monet ha acarreado  
los alisios de la era aventurera,  
y, danzando, danzando, la quimera  
*alguna de estas armas ha tomado:*

*Nel dolce tempo de la prima etade,  
el Corto Maltés, Penny Lane, Perseo  
y al malevo escollier de los burdeles.*

He teñido mi abrigo de *saudade*,  
de anís en caramelos, de recreo,  
de emboscadas, de viento y de laureles.

XV

**I**NTENSAMENTE, AMOR, INTENSAMENTE.

Luna y latido, agua, tierra y fuego  
Vino y crema, manzana, miel y espliego.  
Cálidamente, amor, cálidamente.

Tranquilamente, amor, tranquilamente.  
Tabaco y seda ... Todo te lo entrego.  
Fuente y senda, de toda tú me anego.  
Ardientemente, amor, ardientemente.

Azul, naranja, blanco, verde, endrino,  
café, limón, romero, nata, menta.  
Aldebarán, Polar, Antares, Vega.

Providencia, Fortuna, Azar, Destino.  
Libera, resucita, salva, ahuyenta,  
inflama, ensancha, embriaga, eleva, anega.

## JESÚS PINO

### GALERÍA DE LUNAS DE SEPTIEMBRE

*A Susana, hermoso pensamiento  
de thenardita azul*

ANTONIO ASTORGA

**D**iez de septiembre. Noche.  
Tablado del toril.  
Rueda un palo y la sangre  
desata su bullicio.

Tarde de sol. Es marzo.  
Volamos por el aire  
sobre una bicicleta.  
Estrépito de hierros.

Nada pudo matarnos,  
ni el vino ni el amor.  
¡Es tan frágil la muerte  
frente a la edad perfecta!

*A Lola, extremeña sonrisa  
de glauberita blanca*

ÁNGEL SEGOVIA

**Á**ngel de rubios rizos  
e impertinente dedo  
provocador de bocas  
que muerden en el aire;

de un patín aún conserva  
tu frente la osadía  
de nombrarme a destiempo  
a la Guardia Civil.

Zumbón y cazador.  
Para limpiar la grasa  
que sangró tu cabeza  
llueve en la calle Honda.

**VIRGINIA A. LOBOS**

CONCIERTO PARA OBOE, CUERDAS Y BAJO CONTINUO EN RE MENOR. Op. 9.Rv 454 de Vivaldi

**Allegro**

**P**arezco desarmada, inofensiva, bandera verde y las gaviotas, y el satélite diosa calmando su reflejo en el agua.

Mañana perdonada por los asesinos, mañana que inventa calideces, la muchacha azul reciente, el atleta madrugador que avanza descalzo, se tiene, se enamora de la brisa.

Todavía no juegan tumbonas con cuerpos a tenderse vencidos, aún las sombrillas son modestia y el algodón de las toallas impaciente un color en corredores ventilados.

Yo, que era de tierra adentro, que era solano de resecos lagartos, paisaje de perdiz, cereal rogando el tambor al aguacero; yo, algunos árboles maldecidos, fortaleza en ruinas, población marchada,

subo de ti despacio medusas, subo salivillas a la arena: una caricia que se dispone para explorar las pieles, la sal sobre los hombros, en las pestañas de las niñas.



## Largo

**M**e repliego, me llevo porciones del soñador, del que se ha dejado lamer y recuerda parentescos con medusas antiguas y seres que culebrearon, muy curiosos, orillas;

me repliego a tu pulmón profundo y me llamo delicada actinia moradora de argonautas que duermen las rutas del vino, de esposas hechiceras, mediterráneas criaturas, calladas cajas de resonancia en ti:

allí nos llegan príncipes del odio convertidos en algas vibrantes, venganzas con forma de monedas, poetisas vestidas de lágrima...

en nuestro abrazo, la biblioteca de Alejandría meciéndose, conservando sabias escrituras de un ansia insaciable.

## Allegro

**P**enetrándome desencarcelas pájaros de galerna, elefantes atormentados contra los vientos de un velero pretencioso.

Escucho a cada una de mis células decirte que sí, que-

es el momento de ser un castillo ni siquiera soñado por castos guerreros, de ser peligrosa, revelarme, gritar. Avanzo vertical, adelanto a la tormenta y bailo la danza que conocen las brujas de los acantilados, bailo la música de una luna buscando a su amante entre multitudes que multiplican sacrificios, y ya es imposible, ya no puedo volver atrás, ser virgen, ser dulce, ser una bordadora adiestrada en el arte de olvidarte, de oír cómo te marchas.



**IAN MCKINNON****Hecho por el hombre/hecho por dios**

**N**o, no es una imitación.  
Es un diamante, un auténtico diamante,  
un diamante perfecto sin ningún defecto.  
Y no tienes que esperar mil años,  
no tienes que contar con Suráfrica.  
Los hago aquí.  
Los puedo hacer mañana.  
¿Cuántos necesitas?

Estamos trabajando con alimentos.  
No alimentos hechos por dios, alimentos hechos por el  
[hombre.  
Tenemos una manzana que podemos hacer en el labo-  
[ratorio  
mejor que una manzana hecha por dios.  
Es perfecta y no necesitas tierra.  
Es mucho mejor y mucho más barato.  
Hierba. Estamos trabajando con hierba.

Pero éstos son sólo simples mejoras

de cosas hechas por dios.  
Tenemos una División Especial  
que está desarrollando productos absolutamente nuevos  
con los que dios jamás soñó.

Mantente en contacto.  
Te enviaré un catálogo.

### Saturno

**M**anos habilidosas y estudio  
y años de observación y experiencia  
son nuestros instrumentos para corregir los errores  
de dios.

Encontraremos la Fuente de la Juventud,  
conquistaremos la muerte  
y haremos un hombre hecho por el hombre  
para un mundo hecho por el hombre  
y viviremos para siempre para nosotros mismos.

Pero todavía, aún, no.

Así que debemos ser  
como una vieja

con ambiciones tontas,  
no para sí,  
para sus hijos.

### **La justicia**

**L**a justicia es lenta.  
Cuando nuestros corazones eran ricos  
andábamos como piratas,  
robando nuestro tesoro al sol  
y enterrándolo en la oscuridad.

Hemos caído y lo merecimos.  
Ahora esta pobreza de amor  
nos ha dejado limosneando en la calle.

Ya no te puedo ayudar.  
Ya no te puedo ayudar.

### **A E.P.**

**L**íneas invisibles nos unen  
y siempre será así:

el pasado no tiene pasado.

El mito de la bondad de la vida  
y el temor a la muerte  
nos inducen a continuar sin sentido.

¿A quién importa si el amor y la belleza van incluidos?  
¿A quién importa si Creso era rico  
y el Bautista pobre?

Tú huiste.  
Yo no quería asustarte.

### Los psicoanalistas

**V**esalio analizaba la anatomía,  
Galileo la mecánica física,  
Freud, listo, analizaba el alma.

«Para conocer los secretos de Dios  
y conquistar la Naturaleza»,  
decían los Renacentistas  
con más o menos buena fe.  
(Creo que Bacon era sincero.  
Creo que quería recuperar

lo que Adán perdió.)

Pero el resultado fue el diabólico desdoblamiento  
de todo lo que existe:  
los gemelos, los espejos, el escrutinio,  
el constante examen de lo obvio.

Como se suele decir, desde Freud  
un poste telegráfico nunca será lo mismo.

**«Desde hoy la pintura está muerta»**

**S**in duda, con la fotografía  
la pintura abandonó lo externo  
por lo interno  
pero iba en esa dirección de todas formas.

Y Freud & Cía. aparecieron  
para echarles una mano amiga  
y los impresionistas y los simbolistas  
lo pasaban bomba  
y «abstracción» y todo lo demás  
de manera que nadie sabía  
qué era una pintura.

Todo estaba oculto  
y secreto y misterioso  
y no tenías que saber  
dibujar o pintar  
-eso sólo eran trivialidades externas-  
el mensaje era secreto, oculto y misterioso.

¡La autoexpresión!  
¡Ah, el Hombre Renacentista!  
y, con la democracia, eso quería decir  
¡que *todo el mundo* podría pintar!  
Naturalmente, esto dio lugar  
a innumerables fraudes  
¿pero quién podría distinguir?

La opinión de cualquiera  
valía tanto  
como la de cualquier otro.

## Museos

**A**l parecer, fue Winckelmann  
el que nos enseñó a amar las ruinas y los museos:  
esos sitios donde puedes mirarte  
en el espejo del tiempo.



Antes, las ruinas eran montones inútiles  
donde nadie vivía.  
La gente utilizaba las piedras  
para construir casas o muros.  
No les daba ninguna importancia.

Ahora las ruinas están protegidas por ley.  
Los turistas intentan robar trozos.  
Hay guardas.

Yo tengo un cacho del Muro de Berlín.  
Cuando me muera lo daré a un museo.  
Tal vez hagan una reproducción perfecta  
en algún sitio.



**MARIA ANTONIA RICAS****El Campesino**

**Y**a no recuerdo el encantamiento de las encinas  
ni que los magos lleven una vara de avellano para robar  
de los pozos del silencio  
los nombres de las cosas, el tiempo de enviar mensajes  
altaneros a la luna.

Lo he leído  
y sé que alguna vez lo sabía sin darme importancia.

Ya no distingo el ceño  
de aquel que sólo se permite un instante de latido  
jubiloso mirando la cabellera  
del trigo  
o cuando se frota los tobillos con el brezo que ahuyenta  
a las culebras y su corazón sólo se permite un instante  
de bosques hechizados y misteriosas reinas de la noche.

Dejo a mi perro dormir sobre mi cama y me asombro de  
la facilidad de los canarios en perder el alma a cambio  
del alpiste.

La medida de los días se sumaba entonces por la sombra de los álamos y en el antojo tenaz de las lombrices de tierra.

Él adivina la llegada de las doncellas de mayo  
y bebe muy despacio la tristeza porque es enorme la  
distancia hasta el grano en sazón  
y bebe muy despacio la alegría porque adelantarse al  
gozo es una fresa que se agosta velozmente.

Él no hará nada para salvar mi biblioteca palatina, consumiéndose tarde, desmemoriada en vano.



**ESTEBAN RAMÍREZ PLAZA****I**

**L**a mañana me ha visitado  
se adelanta, se hunde entre los pinceles y la tela  
y corro apresurado a invitarla a este festín de cascabeles  
y pongo las hormigas en su lengua.  
Un nuevo día  
una jornada abierta a los milagros  
y a las islas de polvo que flotan en las chispas del visillo  
y a los ojos que se adelantan a la seducción de las luces  
haciendo jirones y desconchados en la estancia  
por las luces grises de gorriones que exhala  
mientras la primula siempreverde de la vida se entreteje  
y murmura risas incendiarias.  
Danzarina habitación  
válida referencia más clemente que el tiempo y su son-  
[risa.

II

¿

Qué susurro o quizá qué confidencia  
entra por el balcón abierto por la brisa?,  
¿acaso es un testigo de ceniza?  
La tarde es hosca y sin embargo suena en sus fondos  
[músicas,  
al fondo del pasillo dibuja su estribillo de dulce caramelo,  
en el fondo está Chet Baker  
y su destino de cuchillos afilados en su vientre por la  
[absenta  
su estómago,  
un paisaje en llamas inflamadas  
llamado Love for sale  
de color verde  
de sabor Porter  
de colores,  
filigranas de un orfebre  
de los labios de un revólver  
Chet Baker, Chet Baker...  
se te cayeron los dientes.

## III

**S**ólo queda lo que estimamos, así que  
nada de espejos en la sombra  
nada de perder las rosas en la calle  
nada de olvidarse del aliento  
nada de olvidarnos de las manos boquiabiertas  
nada de alquilar los ojos por la noche  
nada de ansiedad entre los rostros fatigados  
nada de cartas viajeras clandestinas  
nada de vomitar la risa  
nada de nombres en tarjetas  
nada de miedos en la noche  
nada de ríos negros  
nada de hollín en las orejas  
nada de ebrios en el agua del recuerdo  
nada de que la vida transparente se desplome en la cu-  
[neta  
más allá de tu sonrisa  
y del calor que sube por tu pecho,  
poeta de mentiras.

**IV**

**T**e busqué amor, yo te busqué  
en las plazas sin palomas,  
por inundados soportales de papel bajo la lluvia,  
en las desiertas calles del cansancio,  
por América del Norte,  
en mejillas de neón,  
en artríticas palabras,  
en mis corbatas de seda,  
por las cajas de cartón en las basuras,  
por desmoronados labios,  
por las inútiles estrellas,  
por los botones verdes de tu abrigo,  
en la antecámara del hielo,  
en la carne entumecida,  
en la fe de aquel tiempo,  
en el vuelo de un ave transparente,  
en el remoto musgo de tus telas,  
pero nunca te busqué amor  
en mi alegría.



García 99



**GUSTAVO LUENGO****SEPHARAD**

**Q**uiero olvidar el maldito español,  
nacer de nuevo en otro país  
(tener siquiera un país, más que una vida,  
olvidarme de que he sido, empezar desde la nada).

Conocer tolerancias y aprecio,  
sepultar las cárceles y el oprobio.  
Desterrar la impostura, el anonimato,  
la ocultación. No atenderlos más:  
quiero poder decir que soy judío.

**PARAÍSO**

**A** todos los musulmanes nos espera un patio de Cór-  
[doba,  
el rumor atareado de una fuente (la cadencia  
inimitable del agua) un huerto,  
jardines, una noria, surtidor.  
El frescor de una casa, la ventilada alcoba, la invisible  
celosía... Una mujer de pelo negro y profundos negros  
ojos.

### LA TRISTEZA DEL HÉROE

**E**l dios se quitó las botas  
y regresó a la humanidad.  
Las hazañas de su paso por el Olimpo  
quedaron grabadas en el recuerdo de las gentes  
y en los espejos, que son repeticiones inútiles  
y dolorosas porque hacen saber que esos momentos  
no volverán nunca más. Memoria  
es lo que queda de todo.

El dios se hizo carne y avanza hacia su crucifixión.  
Ojalá el calvario acabe pronto y sin sangre.  
Viví nomás, Diego.

### AL-MUTAMID

**S**iete mil mujeres no caben en la memoria  
(al menos sus rostros y sus sonrisas).  
Los cuerpos son más limitados  
o quizá menos dados al olvido.  
El número multiplica la infamia:  
la prisión es infranqueable y eterna  
y eternos el pesar y el padecer.

El carcelero es un rey y es un poeta:  
que ningún verso suyo haya soportado el tiempo.

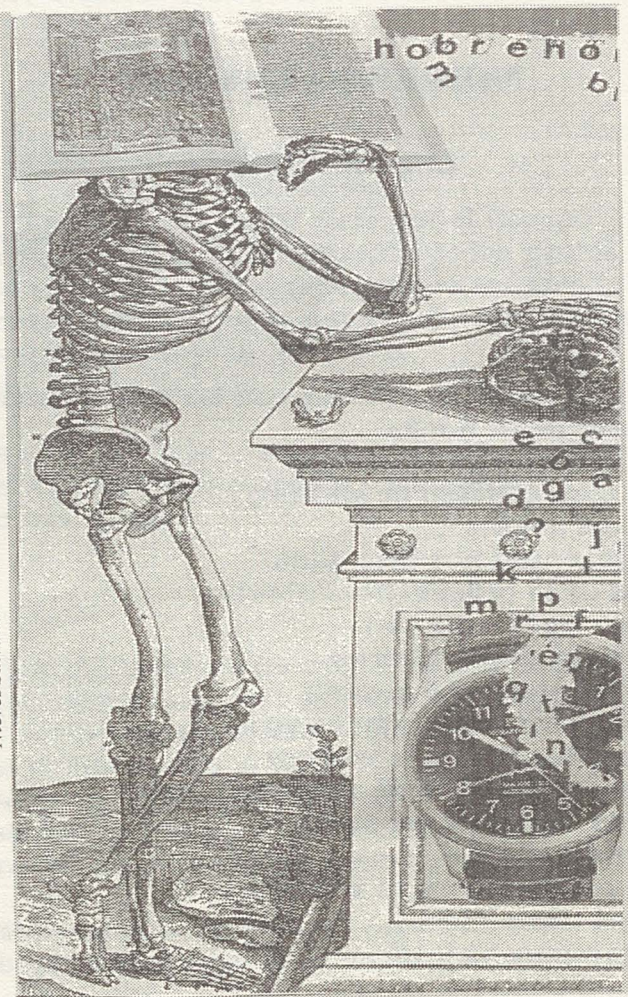
---

**NIEVES SALVADOR****LUZ DEL TIEMPO**

*El Tiempo es una luz ya muy cansada»*  
Francisco Brines

**E**l tiempo nunca vuelve con las mismas manos  
sólo el olor de tu huella,  
líquida tierra de mi sexo.  
Yo nací para el deseo de su nuca  
espada del amor.  
Pero la juventud nos hizo daño,  
y el Dios de la belleza  
quemó su furia en la piel  
de la batalla de mi invierno.  
Me dolió el precio del olvido,  
ese desconocerme ante tu espejo.  
Y me pesó tus labios de sombra  
como muertos cadáveres del llanto.  
Todo arde en el arte del tiempo  
antesala del sonido.  
Todo se pierde menos tu recuerdo  
aunque el tiempo sea  
una luz ya muy cansada.

*Nieves Salvador*



---

**BUSCO TUS OJOS**

*No me confíes nunca tu secreto,  
podría delatarte al enemigo  
me vendí a la tristeza por bien poco.*

Leopoldo de Luis

**B**usco tus ojos negros  
en la luna blanca de mi despertar,  
el sol dispersa la niebla de mis sueños,  
mis pasos se dirigen hacia la orilla del río,  
hay una piedra que me invita a su asiento.  
La niebla va bajando por las aguas de mi cuerpo.  
Una rana ha comprendido  
que es mejor nadar  
que permanecer inmóvil  
mirando pasar el tiempo.  
Este paisaje me trae  
la melancolía de un silencio  
de palabras que, como cofre escondido,  
permanecen sin respuestas.

**ADELINA ESTEBAN**

FOTOGRAFÍAS DE LA ROYAL GEOGRAPHICAL SOCIETY  
(II)

**Pastor kalmyk posando delante de su yurt. Década de  
1900**

**N**o se distrae preguntando  
rostros  
que tú,  
o tú,  
o tú,  
nunca podréis arrebatarle.  
No se distrae con especies  
de tiranías orgullosas;  
no, no tiene tiempo que alcance  
la melancolía;  
sobrevive para las cabras,  
vende la leche en el mercado  
de Shalkar.

Se comprará un caballo  
y una esposa

que tú,  
o tú,  
o tú,  
nunca podréis arrebatarle  
de su dureza prematura.

### **Joven bailarina tibetana. 1922**

**J**unto a tu lado pasa con andar  
de futuro esperándola sumiso.  
No sabe del hedor de los vampiros  
disputándosela.  
Desconoce que será transparente  
y tú la odias.

### **Dos fotografías alrededor de 1930: una joven man sentada en un arroyo de montaña y la instantánea de una mujer naga**

**L**a risa,  
porque hemos descubierto un pensamiento,  
un animal que tiende a liberarse  
y anida en las mejillas y desnuda.

La risa,  
porque son escasas las posesiones  
y un misterio que abre su boca puede  
ser poderoso y, sin embargo, grácil,  
cantarín.

La risa, sí, la risa  
en esta situación insospechada  
que ataja la rutina  
y ya no quieren proseguir idénticas  
la derrota, la entrada de la muerte.

Sí, la risa:  
tal vez llevas ridículo el sombrero  
o es un pez que te muerde de una oreja.

*Puerto Rico, Enero de 2000*





**PILAR JIMENO SALVATIERRA**

*A Miguel Hernández*

**U**n sol esplendoroso o truncado  
de sílabas oscuras,  
O delicado, suave y amoroso;  
sobrio, sutil, veloz, deshilvanado.

Naturaleza viva,  
mano dúctil y agria de terrones,  
de fresas, lontananzas y olivares.

Los temores perdiéndose en la risa fingida  
de las cosas.

El alma derramando al océano pretendido.

*Madrid, 26.5.71*



Ana Quirós: *Ofrenda*

**DANIEL PINO****I**

**S**erá el tiempo el que corra más que nosotros,  
o lo despistaremos entre las calles estrechas de la ciudad.  
Dejando a un lado la catedral,  
nos sumergiremos entre callejas  
aunque la fina lluvia nos acompañe,  
el reloj quedará perdido por las esquinas.  
Serán los monumentos, la historia, los personajes ilustres  
quienes sobreviven en Toledo desde hace años,  
los que se tragarán los segundos, los minutos,  
incluso las horas eternas que inundan el mundo.  
Aprovecharemos para disfrutar del paseo  
abrazarnos sin piedad y besarnos  
sin echar de menos un paraguas que nos refugie,  
mientras escuchamos una música de piano  
que no surge de ninguna casa sino que flota en el aire.  
Allí, sin prisas nos miraremos tomados de la mano  
jurándonos amor eterno los dos  
sin saber que entre las calles de Toledo  
el tiempo desapareció hace mucho  
dejando sólo testigos mudos de lo que allí ocurre.

## II

**A**un cuando hago otra cosa  
pienso en ti.  
Y no lo hago por sufrir  
sino que es por amor.  
Dejo la mente suelta  
y lejos de quedarse en blanco  
se dibuja tu figura,  
si no es tu figura será tu sonrisa.  
He de escribir un nombre,  
el tuyo es el primero,  
después, el que tenga que poner.  
Si es una carta oficial,  
aunque corra prisa,  
primero terminaré una para ti,  
para poder empezar ésta.  
Cuando he de viajar a algún sitio  
antes tomo el camino a tu casa.  
A veces se torna más largo el viaje.  
Y es que aun cuando hago otra cosa  
pienso en ti.

**ELISA ROMERO****Nómada**

*(camina delante de ti mismo,  
como el primer camello de la caravana...)*

**C**lavarte los ojos en el pecho,  
morderte la boca hasta sangrarla  
de centellas de alondra  
amarantina  
y plumas consteladas  
de antares  
espejismos

arrancarte la piel  
en pedazos de lluvia  
desatada  
de luz  
contra el canto sin voces  
del espacio,  
desbordándolo

romper amaneceres  
con picas de silencio,

cruzar la tarde  
incandescente  
sobre estelas de letras inventadas  
que ya fueron  
todavía

cabalgar a lomos de ti mismo  
-centauro de viento y dromedario-  
abriendo el rumbo de la caravana;  
lamer flores de sal,  
callar arena,  
beberte el brillo alto  
de la noche  
y seguir hacia dentro,  
regresando  
el flujo de otra luna equivocada

## Cuerpo en vela

a<sub>r</sub>de  
verde  
el cuerpo  
verde  
nervadura  
de savia  
verde  
prendido en azafrán

se consume  
creciendo  
llama abajo  
en verdes  
venas  
que escriben  
con el humo  
de su sangre  
verde  
la palabra que ninguno ve

un mechero  
avellana  
lo enciende y lo mantiene

**Ofrenda****ese hijo**

barro  
de plumas y amapolas,  
saliva de calandria  
en canto roto de pétalos  
de brisa  
y pintacilgo

## ese hijo

sombra de palmera  
amasado  
de olivas  
y de almendro;  
de terrones de agua

## ese hijo

tinta de avellana  
en palabras truncadas  
por borrones

## ese hijo

yedra  
concebido en los únicos besos  
enredados  
en las algas del viento



ese hijo  
cera  
y humo verde,  
y tardes sostenidas  
en las alas carmín de un arbol

ese hijo  
de nieblas y de escamas

ese hijo  
del alba y de la noche  
arrullado  
en su cuna naranja  
por las olas

ese hijo  
estera de aguacate,  
de adobe y caña húmeda  
y papel reciclado  
y verso clandestino;  
y vuelo de gaviota

ese hijo  
narciso en tallo seco  
de un vientre  
sin semillas

ese hijo  
brote  
de camuesas en verano,  
rojo de llanto  
y blanco de renuncia

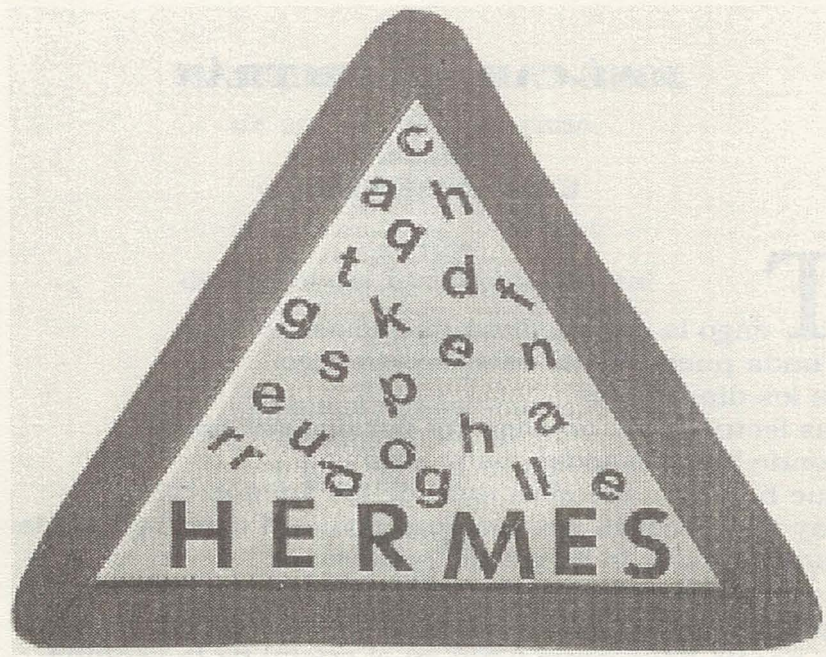
ese hijo  
del ágata del fuego y del cristal

ese hijo  
quimera  
felina de escorpiones,  
carne de sol  
y piel de luna tibia

ese hijo  
vid  
empapando de uva  
las entrañas  
está naciendo mudo cada instante.  
Y mudo irá creciendo en el silencio.

**JOSÉ-CARLOS BELTRÁN****COMO UN REGALO**

**T**engo la cabeza llena de vacíos  
Y nada puede llenar este desasosiego  
De los días caídos.  
Las lecturas me invaden mi paraíso particular  
Donde habitan todos los poetas  
Que han cruzado el umbral de los sueños.  
Hay una palabra que siempre aguarda a ser rescatada  
Para iluminar la senda del solitario,  
Y cuenta la razón de su existir  
Para definir al hombre fingidor de realidades.  
La poesía llega como agua en el cristal de la ventana  
Por donde pasa la vida como un regalo.  
Alguien busca la justa medida de su felicidad,  
Y el poeta testigo de su tiempo  
Se la presenta como un hallazgo en su transcurrir  
Con tan sólo depositando la mirada con ansia de mirar.



*A los amigos de  
HERMES, siempre*

José Carlos Beltrán

*Teletkran  
2/00*

## DÍAS DE FUEGO Y DESDÉN COMO FORJA DEL SINO

A Sonia

**A**l umbral de tus lágrimas  
ves que se te escapa el amor  
que alimentaste en años  
desde la más tierna juventud,  
y el dolor habita tu resentido corazón  
como el inicio de un fin imprevisto,  
y no te atreves a creer que sea una realidad  
crucificando tus sueños de enamorada,  
bañándote en un inmerecido mar de dolor  
que te hace perecer ante todo lo que creíste  
como valores firmes hacia la felicidad.

La vida a veces juega al escondite  
en traviesa andadura sin dejarse comprender,  
pero el tiempo eleva a realidad lo merecido  
cuando es el corazón el que marca el destino,  
y la voluntad se debe dejar transportar  
sin ofrecer resistencia a los devaneos  
a destiempo, del transcurrir ligero de los días,  
con la esperanza siempre a flor de piel  
que resurgirá fortalecido como el ave fénix  
lo que se forjó con el fuego del amor.

Que no enturbien tus principios los desdenes  
de lo que no será más que tormenta pasajera,  
porque una estrella ilumina tu razón de ser  
como mujer enamorada en total entrega  
para hacer feliz a quien comparte tu camino,  
a pesar de la momentáneas negaciones.  
Tras el paso de las sombras y sinsabores  
que hoy hacen brotar la duda y el desorden  
en ese tu corazón nacido solo para amar,  
llegará la hora de la luz que todo lo ilumina  
y un río de felicidad será tu alma enamorada.  
Como en los mejores días de bienes y de sueños.

---

**MARÍA AUXILIADORA LÓPEZ  
RODRÍGUEZ**

PAUSA

**E**l cielo nos habla \_\_\_\_\_

Nos habla la lluvia \_\_\_\_\_

Nos hablan los corazones de los desalentados

\_\_\_\_\_

Nos habla la histeria individual y colectiva

\_\_\_\_\_

Hablan los niños explotados del mundo \_\_\_\_\_

No existe nada que deba permanecer en el silencio

Nada que no pueda ser VERDE

**MIGUEL ÁNGEL CURIEL****POEMA DE MEDIA TARDE**

**S**on las mismas tardes acabadas para siempre, abres la puerta y te quedas en el umbral dispuesto a hablar con el primero que pase y, adusto y familiar, te gusta oír la lluvia y poner la mano de la misma forma que lo hacen los mendigos, pero altivo, e incluso más orgulloso de lo que sueles ser, no pides más... Muchos son recuerdos de otras tardes, pájaros que cantan en los espinos, desechos de la melancolía que acaso sirven para redescubrirte, y es así que los colores de la vida permiten que te hagas transparente. No puedes darte por ofendido porque te sientes cómodo.



**ENRIQUE GALINDO**

**E**l cascabel, ebrio de bondad,  
ha rechinado al oírme llegar.

Un augur lo ha dicho:  
«...cuando los metales suenen en la noche  
y la cola del gato se arrastre sobre el hielo,  
los tiempos de la muda habrán llegado.

Toma tu cuchara y tu destino,  
no olvides la sombra de Dios  
cosida a tu sombra.  
Entonces, sin mirar atrás,  
levanta la cabeza y  
vuela.»

El augur lo ha predicho.  
Subo a las techumbres  
y cambio de tejado.

## PEREGRINO

*«...e pese a todo  
levo na boca o verso dos vencidos»*  
**Xosé Carlos Caneiro.**

**E**stación en niebla,  
es de noche.  
Brillan farolas negras  
Como si no supiesen lucir en humedad.

Camino y espero.  
Respiro e invento la causa  
de seguir el camino.  
Sólo es una pausa en la posada,  
una mirada lenta en el fondo de la taza  
del café del lunes.

Después ...  
alzar el báculo al frente  
y seguir caminando.

Peregrino de pies gastados  
mudándose la piel.

HOY LLUEVE

**H**oy llueve como si los pájaros  
mojasen sus alas.

Y un revuelo de alas blancas  
alborota mis ventanas dulcemente.

Están aquí,  
presentando su presencia  
en el sigilo.

Hoy llueve,  
como si los pájaros despertasen de las algas.

BOCETO

**C**írculo y plano sobre el cielo.  
Rectas y Curvas bajo el agua.  
Cielo inverso. Sol azul,  
sombras nuevas en la noche.

Veladuras suaves traen presagios  
de noches de tormenta y fuego pálido  
narrando al narrador de los sentidos.



---

## Y TODO POR EL INGLÉS

por *Joaquín Copeiro*

**H**abía nubes al Este y la noche no acababa de irse, pero la incipiente claridad que se reflejaba en el adoquinado indicaba que el sol había salido. Las farolas se apagaron por fin, porque por fin había llegado la hora de levantarse, de acercarse a mear detrás del quiosco, *¡qué gustito, por Dios, si creía que reventaba!*, y de tomarse luego el café que aún quedaba en el termo, *¡hum, qué bien cae esto, que es lo único bueno que ha hecho por mí en las tres últimas semanas, tres semanas, que se dice pronto, tres semanas sin echar un polvo, sin un mal achuchón en el pasillo, sin el más leve morreo en el ascensor!*

Recompuesto, recogió la manta, se guardó el sobre del *inglés* en el bolsillo de la chaqueta y ofreció un café solidario al joven que iba detrás de él en la cola. El chico aceptó la invitación y le correspondió con un pitillo, *que en todos los trabajos se fuma.*

-Y dirán que no, que esto no es un trabajo, que no hay necesidad, que nadie nos obliga. Pero ya, ya. Conque nadie, ¿eh? ¿Y cómo afrontar si no la vida, la maldita vida y esta mierda de sociedad en que resistimos como podemos, como esos diablos africanos subidos a los ár-

boles para no ahogarse y que aguantan hasta la muerte, hasta que se caen desmayados como frutos podridos antes de que aparezca en el cielo el helicóptero, o como esas madres que se estrujan las tetas en un intento desesperado de humedecer con su última gota de leche los labios de sus crías? ¿Es que no es la sociedad la que nos empuja a esto, la enorme descompensación entre oferta y demanda, el que no haya sitio para todos y el que, sin embargo, todos, con razón, nos sintamos con los mismos derechos?

-Pues sí, lleva usted razón, oiga, por lo de los derechos, y por lo que ha dicho antes de los negros y de nosotros, que menuda nochedita. Menos mal que cuando llegue a casa pienso tirarme a la cama como si fuera una puta, que ya se encargará *mi vieja* de que nadie me moleste!

¡Qué suerte la de aquel joven, que aún vivía con su madre, en una cama para él solo, tranquila y sosegada, donde dormir a pierna suelta con la seguridad de que nadie interrumpiría su sueño antes de la hora, *y no aquí uno, que no hay noche en que no lo echen a empujones fuera de la cama un par de veces porque el niño tose, porque el niño vomita, porque el niño tiene pesadillas, porque el niño quiere agua o porque ha pulsado dormido el conmutador de junto a la cama y corre el peligro de ver alterado su sueño por los doscientos cincuenta wattios del plafón, que cuando suena el despertador está uno hecho unos zorros!*

Poco a poco la ciudad despertaba y el ruido se iba apoderando de las calles. Un coche largo y gris pasó a toda pastilla con dirección al hospital y haciendo sonar intermitentemente el claxon, señal de que una grave urgencia espoleaba los caballos de su motor, *como cuando hace años la niña se tragó el hueso y comenzó a amoratarse y tuvimos que salir disparados hacia urgencias, y allí estuvimos siete horas hasta que nos dijeron que el peligro había pasado y que la niña había vuelto en sí, que le habían sacado el hueso y que ya se había recuperado de la anestesia, que ¡qué susto, la Virgen, qué susto!*

-No te digo más que, cuando me vi en casa, a salvo todo el mundo, la niña sonriendo y mi mujer llorando, no sé si de felicidad o de eso que lloran, me embutí en la bata y ni cené ni nada, que me coloqué frente al televisor y me vi enteritos los dos vídeos del *último mundial*. Luego me quedé dormido en el sofá hasta que mi niña me despertó ya bien entrada la mañana. Por suerte, era fiesta y no tenía que ir a trabajar.

La cola estaba ganando tensión porque no dejaba de acudir gente y se hacía preciso defender con las garras el puesto de cada cual.

-Que no es cuestión de que llegue algún listo y se nos cuele, oiga.

Él se colgó la manta en el cuello y decidió sacarse del bolsillo el sobre del *inglés* para que no se le arrugara con los apretujones; seguro que si lo llevaba en la mano

estaría más protegido que si se lo guardaba en algún otro sitio, *porque si se me estropea, la fastidiamos, que a ver qué hacemos entonces con el inglés.*

En ese momento, las ventanillas se abrieron y una exclamación de alivio recorrió la médula de aquella cola que ya daba una primera vuelta a la manzana.

-Y son más de ochocientos metros de cola, oiga, ¡que ya es cola!

De esos ochocientos, ellos aún tenían por delante unos setenta.

Un taxi se detuvo junto al semáforo y de él descendió el marido de su jefa, que enfiló muy decidido hacia las ventanillas, como si la cola sobrara, como si fuera el dueño del mundo y todo tuviera que sonreírle a cada paso, también la cola entera, la de los madrugadores y la de los que habían pasado allí la noche. Pero un murmullo de desaprobación y de colérica amenaza frenó su primera intención. Entonces, giró sobre sí, el marido de su jefa, buscando algún rostro conocido, alguien que le hiciera el favor, tal vez su propia cara. Pero él, que no había ido a trabajar, que le había dicho a su mujer que llamara a las nueve y dijera que estaba indispuesto, optó por desdoblar la manta y camuflarse con ella, como mendigo durmiendo a la intemperie, *como ésos que viven bajo los andamios de Callao, entre cartones y mantas viejas, comidos por la miseria más infamante y por la inmundicia de esta globalización salvaje que va a acabar con todos nosotros a golpe de pensa-*



*miento único, de privatizaciones indiscriminadas y de mayorías absolutas para el próximo milenio, que tiene narices, después de trece años gobernando la izquierda de Miguel Boyer y Barrionuevo, porque si éste se piensa que yo lo voy a colar, va arreglado, que no lo cuento ni aunque me enchufara a la niña, que no lo va a hacer, entre otras cosas, porque la niña, de inglés, nada de nada, pero ni aún así, ya digo, ni aunque me la enchufara.*

La cola por fin se movía, y ellos, también el joven de detrás, avanzaban lugares, ganaban terreno y alimentaban la esperanza de llegar a tiempo para encontrar todavía un hueco. Pero, desde luego, el que iba a tener que estirar la nariz, levantar el morro, entornar los ojos, agachar las orejas y volverse a su casa iba a ser el marido de su jefa, que menudo tipo, con esa barba cerrada que le llegaba hasta los ojos, con ese entrecejo duro y poblado, de estulticia en estado puro, y esos dientes descabalgados que le mataban la sonrisa. Pero ahí estaba, casado, o al servicio de una tía buenísima de piernas largas y como esculpidas con delectación por algún dios lascivo que asimismo se hubiera detenido en modelarle primorosamente el culo y las tetas, apretados y túrgidos como anhelos de silicona, y esos labios que se le salían, *deseados y deseantes como un dios, ¡ay, Juan Ramón!, o ¿no era Juan Ramón?*, rojos, húmedos y perfumados, que hasta su aliento a media mañana aún conservaba la fragancia de la menta. No podía ser que semejante cenutrio en el

fondo fuera un superprestigiado químico industrial y, además, estuviera casado con una tía más buena que las inaccesibles modelos de las vallas publicitarias. Pero sí, sí, químico de altos vuelos y un sueldo disparatado, y, por si fuera poco, casado con su jefa.

A esas horas, el ruido de los motores se clavaba en el estómago como la propia ausencia de alimentos y el humo del tabaco y de los escapes pudría poco a poco las palabras.

-¡Un bocatita de tortilla de patatas con mahonesa me comía, oiga, de los que ponen en mi Insti!

-¡Calla, chico, calla, que yo tengo más necesidad que un negro, y con un mendruguito de pan me conformaba, que ya me tiembla hasta el pulso! ¡Mira, mira: mira cómo tiembla el sobre, el sobre y el alma, y todo por el inglés! ¡Con un mendruguito, como un negro!

*¡Y qué más quisieran los negros, los de Etiopía, por ejemplo, que llevarse un mal mendrugo a la boca, de esos que dejan en los manteles de sus comilonas los del Fondo Monetario Internacional que quieren rebajarles la deuda, un poquito, a los paupérrimos de la Tierra, mientras en la calle las fuerzas represoras de la democracia americana, de la democracia de la Unión Europea y de la democracia de la madre que los parió o de la Trilateral o de la OTAN o de lo que coño sea, embutidos sus miembros en auténticas armaduras de guerreros imperiales, que vaya foto la del periódico, vapulean a los izquierdistas, o sea, a los auténticos, y los enchironan para que*

*aprendan!*

Apenas media docena por delante, sólo media docena, recompensa a una larga noche a la intemperie por el maldito *inglés*. Porque él se hubiera conformado con menos; pero ella lo echó otra vez de la cama, o mejor dicho, no lo dejó ni ponerse el pijama, y *¿qué quieres?*, le dijo, *¿levantarte tranquilamente mañana y no ir a trabajar, para luego volverte a casa con una mano atrás y otra delante? ¡De eso nada: ahora mismo te coges el sobre de mi hermano, la manta y el termito de café que te he preparado y te largas a hacer cola, como está mandado!*

-Y aquí estoy, chico, hecho polvo por culpa del *inglés*, que por mí, desde luego, no hubiera pasado la nochecita toledana que he pasado.

-Pues yo sí, oiga, que a mí no me importa una noche en la calle; es más: me gusta, ¡qué coño!, me hace gracia eso de maldormir bajo las estrellas...

-¡Hombre, tanto como estrellas... !

-¡Bueno, o bajo las nubes, con el ruido de los coches y el canturreo de los borrachos!

-Tú eres joven, chico, pero yo ya no estoy para estos trotes.

Él prefería la cama, aunque fuera sólo un tercio del lecho conyugal, porque sus huesos no aguantaban la terquedad de los adoquines, aunque la manta fuera de lana mullida, que no era el caso, porque su esposa le había dado la que se trajo su queridito hermano

londinense cuando volvió de la *mili*, que se vino con la susodicha y con las botas de *Segarra*, y ella se quedó con la manta, tiesa y dura de tanta *mili*, *para una ocasión: ¡o sea, para que yo pasara esta noche de espanto haciendo cola porque a ella y al de Londres se les ha puesto!*

Pero, bueno, lo mejor sería consolarse pensando que, a fin de cuentas, él también encontraría un buen sitio, porque, desde luego, con los tiempos que corrían, la Historia a trompicones y hacia atrás, el conservadurismo arreciando por doquier, sus relaciones de parejas al borde mismo de la descomposición, la humillación en el trabajo, el sindicalismo descojonado y la izquierda dando tiritones, ¿qué otra cosa hacer si no, aunque fuera a costa de sacrificarse por el *inglés*, y se daba palmaditas en el sobre de su cuñado, que sino lo que ahora, en la ventanilla por fin, iba a hacer?

-¡Tres de tribuna, dos para mi cuñado el *inglés* y señora, y otra para mí, y si no, dos para ellos, que se las mando ahora mismo en este sobre, que aquí lo pone bien claro, mire, London, y mi mujer tan contenta, y una del tercer anfiteatro para mí, que yo lo que quiero es ver el Madrid-Barça y cagarme en la puta madre que parió al árbitro del encuentro y a los hijos de puta de los linieres! ¡A ver si se me secan los sesos y el sexo con los... !

-¿Y a mí qué coño me cuenta de su cuñado y de sus partes? -lo atajó el taquillero del Bernabéu, y le dio las tres entradas.

---

## EL ENIGMA DE SOFÍA

*A los Caballeros de la Mesa Camilla*

por *Juan Carlos Pantoja Rivero*

**L**a ligera bruma dibujaba un paisaje borroso, al otro lado de la ventana, difuminando los perfiles rectilíneos de los edificios colindantes. Alberto, sentado ante la mesa camilla, aprovechaba el pequeño foco de luz gris y fría que parecía haberse escapado del sol, en esa mañana húmeda de niebla. En la habitación olía a café recién hecho. Sobre la mesa, absolutamente desordenadas, se mezclaban las hojas de las últimas cartas que le había escrito Sofía y, en un borde, los dos volúmenes de la edición manual del diccionario de la Real Academia se mantenían en equilibrio a duras penas, como si los folios llenos con la elegante escritura de Sofía quisieran echarlos de sus dominios. Alberto, sin peinar y aún con el pijama, manejaba inquieto los papeles que tenía delante, como si quisiera casar las piezas de un puzle, pero su incesante trabajo no parecía tener un fin concreto, pues apenas si comprobaba qué folios encajaban entre sí. De vez en cuando se detenía a leer un fragmento, al azar, sin aparentar el más mínimo interés. *Se me hace difícil vivir aquí, no conozco a nadie y echo de menos nuestros paseos por la alameda, al atardecer. Aquí, en cuanto se va el sol empieza a*

*hacer frío y sube una humedad del lago que resulta muy desagradable. Creo que no podré acostumbrarme a este lugar; si al menos estuvieras tú... Y de pronto, con las manos crispadas, comenzaba a escarbar de nuevo entre los folios desordenados de la mesa, con la decisión de quien busca algo que está seguro de encontrar en un montón de papeles. Fuera, la bruma que cubría la ciudad comenzaba a dejar paso a un día plomizo que invitaba a la tristeza, que convocaba al llanto. El sonido de los motores de los coches traspasaba las ventanas cerradas y se colaba en la intimidad de tantos fragmentos de ayer dispersos en la mesa, seleccionados arbitrariamente por Alberto. No me gustó lo que me dijiste en tu carta de que habías pensado en los beneficios de nuestra separación. Parece que no te importa que tengamos que vivir tan lejos el uno del otro, y no me vengas con que la distancia nos hará más fuertes y con que el tiempo pasa rápido: a mí, las horas se me hacen eternas, sobre todo desde que vuelvo a casa, a la mitad de la tarde. La escasa claridad se adensaba en la habitación, trocándose en sombras que envolvían los rincones, más allá de la mesa. Alberto seguía con su continuo rebuscar entre los folios que contenían el caos de un pasado reciente, sin atender a otra cosa que al incesante volver de papeles, como si fuera imprescindible dar con uno en concreto. Repentinamente se levantó de la silla, decidido, atraído tal vez por el aroma del café que provenía de la cocina. Se sirvió una taza y, mientras bebía, recompuso*

el desorden de sus tribulaciones. Desde hacía un par de meses las cartas de Sofía empezaron a volverse enigmáticas, no tanto por su contenido (que manifestaba a las claras un progresivo malestar) como por la aparición en ellas de palabras poco usuales que además, ahora lo recordaba bien, iban siempre seguidas de un número entre paréntesis, como si se tratase de una llamada a pie de página. Lo extraño era que esa llamada no obtenía respuesta ni en la página correspondiente ni al final de la carta. Alberto había considerado al principio que se trataba de un olvido, que Sofía pensaba aclararle por medio del número el significado oscuro de la palabra pero luego se había olvidado de ello, sin duda por las prisas de echar la carta al buzón. La última noche, Alberto no había logrado conciliar el sueño, agitado por el cripticismo de los números. Las palabras le preocupaban menos, pues con ayuda del diccionario resolvió en su momento las dudas acerca de su significado, si bien nunca logró entender el porqué de su uso por parte de Sofía: algunas de ellas eran palabras de un solo significado, tan especializadas que era dudoso que las empleara alguien; eran palabras de esas que están en los diccionarios pero que nunca hemos oído ni visto escritas. Ahora, con la taza ya vacía, Alberto caía en la cuenta de que Sofía no debió de escribir casualmente esas palabras; con la mirada hundida en la pared de enfrente concluyó que la mujer escogió cada una de ellas y la escribió conscientemente, con un fin concreto, tan

misterioso para él como los números entre paréntesis, tan insólito como el hecho de que esta mañana desapareció Alberto no ha acudido a su trabajo y está sentado en la cocina de su casa, pendiente de volver a rebuscar entre los papeles de la mesa camilla del salón, sin ninguna intención de salir a la calle.

Tras la ventana el día seguía gris, cayendo con su aspecto plomizo sobre la ciudad, pintando en blanco y negro el paisaje urbano. Llegaban a la habitación las voces de la mañana, los ruidos de los cierres metálicos que se abrían al nuevo día, las sirenas lejanas de las ambulancias. Alberto volvió a sentarse de cara a la ventana, en la mesa camilla, ante las palabras de Sofía, revueltas en medio de los folios que daban forma a la mesa, sólo limitados por los dos volúmenes del diccionario de la Academia. De nuevo saltaban de las cartas sin orden fragmentos con vida, seleccionados casi por la imposición de su propia presencia. *Ya me dirás qué es eso de que «coincides « todos los días con Esperanza a la hora del bocadillo. Sabes que soy muy celosa y que no me gusta nada que bromees con estas cosas: bastante tengo con vivir aquí, tan lejos, como para que me vengas ahora con historias, diciéndome que alguna tarde quizás vayáis juntos al cine-club, que has descubierto que también a ella le gusta el cine alternativo, la «cosecha del 99» como tú lo llamas.* Ciertamente el tono de reconvencción iba creciendo en cada carta, parecía que la distancia estaba agriando el carácter antes dulce de Sofía; lo



que había atraído más a Alberto estaba siendo devorado por una desazonante actitud de enfado, por el desconsuelo de un malestar que enturbiaba la imagen serena y apacible que él conservaba de ella.

En las cartas resultaba difícil encontrar las palabras enigmáticas, ya que sólo se distinguían por llevar el número al lado, entre paréntesis, pero eran tantas hojas las que ocupaban la mesa que se tapaban unas a otras, haciendo complicada la búsqueda. Alberto entreabrió la ventana y un aire frío se coló súbitamente en la habitación, como si estuviera esperando el momento de entrar, y levantó de la mesa algunos folios que, iniciando un breve y cadencioso vuelo, cayeron suavemente en la alfombra, cada uno por su lado, obligando a Alberto a cerrar impulsivamente la ventana y a correr tras ellos murmurando maldiciones. El primero que cogió llevaba, casualmente, una de las palabras buscadas, *no sé si será por la mala vida que llevo en estas soledades o porque el régimen que me pasó Elvira está surtiendo efecto, pero lo cierto es que me estoy quedando hecha una sílfide (1S); cuando me veas te vas a volver a enamorar de mí, ya lo verás*. «Sílfide»; tampoco le resultó a Alberto una palabra tan rebuscada como creía recordar, pero ahí estaba, con su número entre paréntesis y, lo que era peor, con una letra suelta tras el número uno. Para empezar, Alberto volvió al diccionario: «ninfa, ser fantástico o espíritu elemental del aire, según los cabalistas». Nada solucionaba esta definición y se hacía

necesario encontrar la siguiente palabra para comenzar a analizar su secreto de letras y números. Alberto escribió en un folio la palabra *sílfide* con su paréntesis al lado, (1S), y añadió la definición textual del diccionario académico.

En el suelo quedaban aún dos folios de los que volaron con la ráfaga que dejó entrar la ventana; el más cercano a la mesa camilla también tenía una palabra clave. Alberto lo recogió mientras pensaba que aquello parecía cosa de brujas: un buen rato rebuscando entre las cartas desordenadas sin ningún resultado y, ahora, el vientecillo gélido que pasó brevemente a la habitación seleccionaba los folios con enigma, como si supiera exactamente cuáles eran, y para más misterio, el tercer folio caído llevaba escrito, asimismo, una palabra con un número, según pudo ver Alberto al agacharse. Colocó algunos libros sobre los retazos de cartas y volvió a abrir la ventana; necesitaba sentir la caricia fría de la mañana, aspirar el comienzo del día, avariciosamente, como si fuera la última vez que respirara el aire puro del exterior. El viento levantaba los bordes de las hojas, a ráfagas, allí donde el peso de los libros no cubría los papeles. Olía a lluvia intensamente. Alberto, entonces, leyó el primero de los folios rescatados del suelo: *No vuelvas a hablarme de Esperanza; me da lo mismo lo que hagas mientras yo no lo sepa, pero no puedo soportar la idea de que, en mi ausencia, en mi dolorosa ausencia, tú te pases con ella, vas al cine-club con ella y no quiero ni*

*pensar qué más cosas haces con ella. Estoy harta de hacer cábalas (2) acerca de nuestro futuro, Alberto. Si tengo que estar mucho tiempo aquí, no sé qué será de mí. Dejé de leer, perplejo ante la palabra destacada, que le pareció bastante común: él recordaba que los enigmas se centraban en vocablos de muy poco uso. No obstante, anotó la clave en el folio, debajo de la anterior, cábala (2), y su significado figurado: «conjetura, suposición». De pronto algunas palabras revolotearon ante sus ojos mientras transcribía esta acepción, huidas del diccionario: «cábala... arte vano y supersticioso... que consiste en valerse de anagramas, transposiciones y combinaciones de letras...» Ahí estaba la clave; Sofía estaba jugando a la cábala con él y le enviaba mensajes cifrados con una intención que, de momento, se le escapaba. Animado por este descubrimiento, se apresuró a leer el tercer folio, otra porción de sentimientos que le envió Sofía una tarde cualquiera: *Ya te conté que estaba yendo al psiquiatra, a psicoanalizarme; necesito centrar mi vida en tu ausencia y creo que me va a costar mucho. Me dominan la tristeza y la melancolía y, de seguir así, no sé cómo acabará todo esto. El psiquiatra me ha dicho que padezco una fuerte lipemania (3). Estoy empezando a pensar en dejar el trabajo que me tiene aquí, desterrada, y volver a casa, contigo.* El número tres limitaba, ahora sí, una palabra desconocida que Sofía empleaba como si fuera de uso corriente, sin explicar su significado. Parecía evidente que intentaba llamar la atención sobre*

el vocablo, que Alberto se molestara en mirar el diccionario y, sobre todo, que supiera que ella hacía hincapié en esa palabra inusual, extraña en medio de las demás que componían la carta. El segundo volumen del diccionario manual de la Academia tenía la clave: «lipemanía, monomanía hacia las cosas tristes». Sofía lo estaba pasando mal, no había duda, pero Alberto sólo tuvo unos segundos para pensar en ello; el enigma de las palabras le podía y dejaba en un segundo plano la tristeza desconsolada de la mujer con la que tantas cosas había compartido, a la que tanto había amado. Ahora, lejos de ella, parecía que todo aquel calor de los tiempos felices se había transformado en hielo con la distancia: Alberto no sentía ya esa desazón punzante y dolorosa de los primeros días de la separación; era como si todo el amor se hubiera evaporado, dejando en su lugar una indiferencia indolente, cruel casi. Vacío ante la pena que rezumaban las palabras de Sofía, Alberto anotó la nueva clave, con su número y su definición. Vio que los números eran correlativos y siguió sin entender la 's' que acompañaba al uno. Pensando en ello se levantó de la mesa camilla y fue a la cocina, a tomarse otro café. Conectó la radio y oyó que el Valencia había eliminado al Barcelona en la Copa de Europa, lo que le hizo sonreír al tiempo que sorbía lentamente el café humeante y volvía a sus lucubraciones léxicas y cabalísticas.

La mañana avanzaba opaca, con esa luz metálica de los días nublados, mezclando en el aire el olor de la

lluvia y los gases quemados de los automóviles, salpicando de pronto los cristales con un repiqueteo de agua que significaba tal vez el comienzo de un aguacero intenso y prolongado. Alberto volvió al salón; en la mesa camilla había disminuido la claridad, oculta tras la lluvia incipiente, por lo que tuvo que encender el flexo. El agua había entrado por la ventana entreabierta y había caído sobre algunos folios, difuminando la tinta y las palabras de Sofía. Alberto recordó a Bogart, en *Casablanca*, leyendo en el andén de la estación la nota de despedida de Ilsa que se emborronaba con las gotas de la lluvia, como queriendo acabar con el pasado reciente, tan feliz. Pasó la mano sobre la primera hoja mojada, para enjugar las gotas, que le daban al papel un aspecto extraño, como si tuviera una enfermedad cutánea, y las palabras se hicieron más difusas, incluida la que llevaba otra clave. De nuevo la misteriosa casualidad que hacía surgir las palabras enigmáticas por medio de fenómenos atmosféricos; tal vez no tuviera mayor importancia, pero Alberto sintió un escalofrío al constatar estas coincidencias un poco mágicas. Después leyó el fragmento: *Ya he comenzado el tirocinio (L4) que me ha de llevar a habituarme a la soledad, a sentir que irremediabilmente te estoy perdiendo, no sé si a causa de Esperanza o a causa del desprecio que se percibe en tus palabras cuando hablas de mí en tus escasas cartas. No creo que te escriba más; puedes estar seguro de que mi vida se ha roto en mil pedazos, un poco por la*

*separación y un mucho por tu actitud: ni siquiera se te ha pasado por la cabeza venir a verme un fin de semana. Creo que me odias, ¿y yo a ti?*

Es evidente que Sofía se ha vuelto loca, pensó por un momento Alberto al releer estas líneas, aunque pronto volvió a su intento de desentrañar los secretos ocultos en las palabras numeradas. La letra 'l' que precedía al número cuatro le resultaba incomprensible, mientras veía muy claro que la numeración correlativa tenía algo que ver con el orden de los elementos que tenía que descifrar al final. Buscó y anotó el significado de tirocinio: «aprendizaje, noviciado». Después, sosegadamente, fue repasando con orden todos los folios que quedaban sobre la mesa camilla, apilando a su izquierda los que ya había visto, un tanto reacios al orden a causa de los dobles que fueron necesarios en su día para introducirlos en los sobres. El último folio que restaba se encontraba en un borde de la mesa, pillado por los dos volúmenes del diccionario de la Academia. Agarrándolo por la parte libre, Alberto dio un ligero tirón que le permitió hacerse con la hoja y que hizo caer al suelo uno de los tomos del diccionario, cuya precaria inestabilidad sobre la mesa así lo hacía presagiar. Dejando para después la recogida del libro, Alberto se entregó a la lectura de su último mensaje críptico, pues, en efecto, el papel que tenía en sus manos llevaba otra palabra con número. *Creo que son muchas las cosas que pierdo al perder-te a ti, pero no tiene sentido mantener una farsa de amor*

*en la distancia. Quédate con tu cine-club, con tu sindicato obrero y con tu pasión por las matemáticas. ¡Ah!, y con tu vino de la generación del 27, que cuando has bebido un vaso y medio no te deja tenerte en pie. Y no vayas por ahí diciendo que te compras la ropa en San Francisco o en París que, aunque sea verdad, no pega con tu militancia sindicalista. No quiero saber ya nada de tus aficiones futbolísticas, pero va siendo hora de que te decidas: o el Atleti o el Valencia; en esto eres igual que en las cosas del amor: un indeciso y un veleta. Ya no te quiero, Alberto, y lo siento, pues a pesar de que nunca me gustó tu perilla creo que tienes una clara tendencia a la calipedia (5L). Es una lástima.*

La lluvia caía monótonamente, con suavidad, moviendo con insistencia los cristales de la ventana, las losas de las aceras. Alberto, arrebuñado y cubierto con las faldas de la mesa camilla, sintió el placer del calor hogareño que contrastaba con el día desapacible y frío que crecía en el exterior. La consulta del diccionario le obligó a levantarse, ya que la palabra que buscaba, calipedia, se encontraba en el tomo que había caído al suelo. El libro estaba abierto, boca abajo, y, al cogerlo, Alberto volvió a sentir un escalofrío cuando el vocablo se destacó ante sus ojos: *calipedia*; el diccionario había caído abierto por la página en la que se definía la palabra enigmática. Copió, tembloroso, su significado: «arte quimérica de procrear hijos hermosos». Tras unos segundos de inactividad, en los que intentó en vano dar

una explicación a tantas coincidencias, Alberto respiró profundamente, echándose para atrás en su silla: había completado la búsqueda y ahora era el momento de descifrar el misterio de esas cinco palabras numeradas correlativamente. Tomó un folio y las copió en columna, una sobre otra, siguiendo el orden numérico:

sílfide (1S)

cábala (2)

lipemania (3)

tirocinio (L4)

calipedia (5L)

Tentó la posibilidad de que el juego se basara en las siglas, pero pronto constató que no eran legibles. Por otro lado, le molestaban mucho las letras mayúsculas que acompañaban a algunos números, cuyo sentido no alcanzaba. Probó, no obstante, con las sílabas: sil-ca-li-ti-ca; no le veía el sentido, pero decidió aplicar las letras, a su manera. En la primera palabra se anotaba «1S», es decir, una letra más junto a la 'S'. Eliminó, pues, la 'l' del final de la sílaba: 'si'. La segunda palabra dejaba claro que había que emplear dos letras, 'ca', mientras que la tercera indicaba tres: 'lip'. Consideró luego que la 'L' ante el número cuatro se refería a la línea en la que se situaba la palabra en la carta, lo mismo que la 'L' de *calipedia*, ya que, en efecto, estas dos se ubicaban en las líneas cuatro y cinco de sus respectivos folios en el original escrito por Sofía. Añadió de nuevo la primera sílaba de cada vocablo: 'ti' y 'ca', y después compuso la



palabra resultante: *sicalíptica*. La tilde de la «i» la colocó al descubrir que esa palabra sí le resultaba conocida: hacía alusión a un cierto erotismo picante, un tanto provocativo, del estilo de las vedetes de las revistas y los espectáculos de variedades. Tras unos momentos de incertidumbre y de extrañeza, Alberto se imaginó a Sofía como una de esas diosas sicalípticas de las fotografías antiguas, medio vestidas con una especie de bata de seda transparente y mostrando las piernas bajo unas medias blancas sujetas con una liga en la parte alta de los muslos. La vio sentada en una banqueta elevada, con las piernas cruzadas con picardía, descubiertas, y fumando un cigarrillo con descaro, en una boquilla larga, como las vampiresas de los años treinta, con un sutil chal cubriendo apenas la exuberancia de sus pechos que rellenaban un sujetador coloreado de rojo. Alberto, excitado por estas imágenes, no era capaz de ver la lógica de la clave que le había enviado Sofía. Dudaba incluso de que existiera tal clave. Sin embargo, la figura sicalíptica de la que fuera hasta hace poco su amada enajenaba sus sentidos y le llevaba a imaginar encuentros íntimos, en medio de toda la picardía que parecía rezumar la palabra oculta que él había descubierto. Se figuraba a Sofía cantando con voz sensual *La corte de faraón*, «ay, ba; ay, ba; ay, babilonio que marea; ay, va; ay, va; ay, vámonos pronto a Judea», con un acompañamiento de movimientos sinuosos de su cuerpo, sólo cubierto por un escueto bañador con lentejuelas y unas

medias de red que redondeaban sus muslos y producían escalofríos al que miraba. No había duda: Sofía, con su mensaje críptico salpicado en un puñado de cartas, pretendía ofrecer una posibilidad de reconciliación, quería perdonarle mostrándose ante él con toda la atractiva figuración de una vampiresa sicalíptica, ofreciéndose a él con esa imagen sugerente que se aplicaba a sí misma a través de las palabras enigmáticas de las cartas, tan certeramente descifradas por Alberto. Sólo quedaba hacer las maletas y partir en busca de ella, entregarse a ese desenfreno amoroso que prometían las conclusiones últimas del juego cabalístico, recuperar un pasado que parecía definitivamente perdido: eso era lo que había que hacer. Alberto miró por la ventana y pudo observar la insistencia de la lluvia, cayendo por rutina sobre la ciudad, con una fe envidiable. Con decisión, juntó sobre los folios de las cartas las hojas con sus deducciones y puso sobre ellos el diccionario. Se levantó y cogió el montón recién formado, dispuesto a colocar cada cosa en su sitio. Entonces sonó el timbre de la puerta.

Alberto abrió, sin soltar lo que llevaba, con la cabeza llena de interrogantes ante lo extraño de la visita a tales horas. Su sorpresa fue mayor cuando, tras la puerta, se encontró frente a Sofía, a la que suponía en su lejano destierro.

-¡Sofía! -exclamó alegre mientras la miraba de arriba a abajo, como buscando la imagen sicalíptica que se

acababa de formar. La mujer, sin embargo, estaba correctamente vestida, con un traje de chaqueta color salmón, de falda corta, y unos zapatos de tacón que realzaban su elegancia. Estaba seria y llevaba la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta; la izquierda se apoyaba graciosamente en la cintura, dibujando las curvas de su cuerpo.

-Descifraste la clave, ¿verdad? -dijo por todo saludo, manteniendo el gesto sereno y sin moverse del quicio de la puerta.

-¡Claro! -confirmó con una sonrisa cómplice Alberto-. *Sicalíptica*, como tu imagen en mis mejores sueños.

Sofía modificó su expresión con una sonrisa irónica, al tiempo que se abría paso hacia el interior, obligando a Alberto a retroceder torpemente. Una vez dentro, cerró la puerta con un toque preciso de la mano izquierda y siguió caminando suavemente.

-No te enteras de nada, Alberto -dijo-. Como me imaginaba te has decidido por lo más fácil: un acróstico con las sílabas iniciales. Se trata de un mensaje críptico, cabalístico casi, no de un simple pasatiempo facilón.

A Alberto se le agrió la sonrisa, mientras Sofía seguía hablando y paseaba de un lado a otro del salón, sin sacar la mano derecha del bolsillo de la chaqueta y taconeando sobre el suelo de la estancia, al borde de la alfombra, en su continuo ir y venir.

-Siéntate y escribe -ordenó con contundencia-.

*Silfide (1S)* quiere decir que hay que rescatar una sílaba y, como la 'S' está tras el número, habrá de ser la última de la palabra, es decir, «de». ¿Lo has anotado? Las dos palabras siguientes sólo llevan un número, también referido a las sílabas, pero como son correlativas a la primera, es obvio que no es necesario indicar de dónde se han de coger: por la referencia de la palabra inicial, las sílabas serán también del final. Así, de *cábala*, dos: 'bala', y de *lipemanía*, tres: 'manía'. ¿Me sigues? Continúa: *tirocinio (L4)*, esto es; «letras cuatro»: las cuatro primeras, por la posición de la 'L': « tiro ». Y por último, *calipedia (5L)*, como ya habrás adivinado, quiere decir cinco letras del final de la palabra, o sea, «pedia», a la que colocamos, para entendernos, una tilde en la 'i'. Escribe ahora la clave por orden.

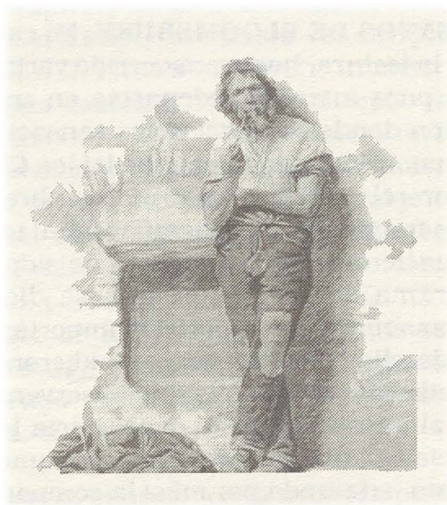
Alberto leyó el resultado de sus anotaciones con una extrañeza creciente:

-«De bala manía tiro pedía». No lo entiendo, ¿qué quiere decir?

-Es muy fácil -dijo Sofía sacando la mano derecha del bolsillo-. Como tú me has olvidado y me has abandonado sin acordarte de mí, yo he aprendido a odiarte, cada día un poquito más, lo que me ha producido una «manía de bala» (locura por las balas, podríamos decir). Y, como consecuencia, la «manía de bala» pedía, al menos, un tiro: «de bala manía, tiro pedía». ¿A que es muy divertido?

Entonces Sofía dejó ver la pequeña pistola que lle-

vaba en su mano derecha, la dirigió hacia Alberto y disparó sin pensarlo: una sola bala cuya detonación rompió la monotonía de un día lluvioso y gris, dejando en el ambiente un olor a pólvora y a sangre que se confundió inmediatamente con el perfume de la mujer. Sofía se dio la vuelta y salió de la casa caminando de manera frágil, moviéndose elegante y dejando oír el taconeo sugerente de sus zapatos.



CUENTOS DE BLOOMSBURY  
Editorial Calambur.Madrid.1999  
Autora: Ana María Navales

Querida Ana María Navales:

Te escribo después de leer por segunda vez tus **CUENTOS DE BLOOMSBURY**. Mi carta no es inmediata a la lectura, han transcurrido varios días, los necesarios para intentar ordenarme en una atropellada reflexión donde se mezclan las sensaciones y las ideas, y es que, si la primera vez que leí los **CUENTOS** me parecieron relatos bien contruidos sobre la originalidad de unos fragmentos de biografías fabuladas, aunque no por ello inciertas, en esta ocasión ha sido reconocer no sólo la trama de relaciones que se dio en el Grupo de Bloomsbury sino también la importancia de los lugares donde ellos transitaron y residieron y, sobre todo, la mirada diferente con la que observaron y correspondieron al mundo desde la consciencia lúcida de una diferencia, criticada por algunos como orgullosamente elitista, admirada por mí si la comparo con este sentido común de la vulgaridad que me rodea y en la que participo. Tras haber leído los **CUENTOS** - que no lo son y sí

lo son- es como si me hubieras contado historias de viejos y queridos parientes que nunca he visto, ya que sus vidas, desde aquel lejanísimo primer encuentro con **Orlando**, fueron penetrando gradualmente en la mía hasta desear esa misma mirada genial, renovadora y no del todo comprendida.

Hace unos meses, antes de enviarme la nueva edición ampliada, leí el libro recién publicado en español de Angelica Garnett, **Una mentira piadosa**. No me sorprendió demasiado el punto de vista de la hija de Vanessa ya que, supongo, le era imperioso hallar un aire propio que respirar de entre la atmósfera densa, intensa que vivió desde niña. Sus confesiones sobre el tejido familiar, haciéndolo extensivo también a la familia de amigos, como niña espectadora y luego como actuante, no son otra cosa sino un intento apasionado, subjetivo y airado (no podría ser de otro modo) de autoafirmación, de encontrar en sí misma una capacidad de elección entre tal número de personas tan potente, tan arrollador, donde el peligro de haber nacido envuelta en ese ambiente era el de surgir como una mera continuación del espíritu del Grupo. Debe ser difícil sobrevivir, sin perder la identidad, con esta herencia.

Por el contrario, cuando leo la primera persona de tus relatos, cuando hablan las personalidades-personajes y la intimidad de sus celos, de sus miedos, de

sus ansias, de su cotidianidad, emerge de su fama histórica en el cambio contemporáneo del arte, la literatura, la economía, etc., me conmuevo con la cercanía de sus vidas y, ya te comentaba antes, con el grado de parentesco próximo a mi vida.

No caes en la tentación del elogio fácil o la conmiseración hacia algunos de los dramáticos sucesos en los que fueron protagonistas sino que, a través de una prosa dinámica que jamás pierde el carácter esencial de los relatos cortos, aparecen los últimos momentos de la resistencia, ya sin sentido, de Carrington, o la caída de la tarde de la señora Murry después de corresponder a envidias y amistades literarias, o la soledad de la Lady en su castillo después de haberse despedido de un amor malhadado e imposible. Veo a la propia Angelica enfrentarse a su madre a la vez que reconoce el error de la única salida que buscó para el distanciamiento y, más tarde, regresando a la casa vacía de *Los viejos días dorados*, cálidos y tempestuosos, y tratando de hablar acaso con los fantasmas de su pasado, de su herencia.

Hablando de casas... ¡Con cuánto acierto recuperas topónimos, lugares de existencia, granjas, paisajes, orillas de ríos! Porque, para ellos, todos esos espacios donde se encontraron, se amaron y se perdieron eran una amistad más a la que culpar, perdonar y adorar, y para mí, que no he ido a ninguna parte, que al pronun-



ciar el nombre de aquello que transito sólo responde un nombre que podría haber sido otro, sin una mínima consistencia, ya ves, contemplar el Bath de una Jane Austen querida por Vanessa, o la casa de Gordon Square, o el Sussex de Charleston, de Asham, de Ham Spray, de Monk's House, del Ouse final, me lleva a los parajes que he vivido de algún modo, que, quizá, me han enseñado a pintar, a escribir, a comprender mis sentidos. Te envidio por haberlos visitado, no, por haberles oído contar. Me gustaría muchísimo ver tus álbumes de fotos.

Hay un aliento de muerte en los **CUENTOS DE BLOOMSBURY**. Claro, esto es obvio, todos los del Grupo están muertos. Sin embargo, no son presencias fantasmales que, de pronto, toman cuerpo y vuelven a interpretar los gestos de los momentos vivos. No son máscaras que remedan muecas de los momentos vivos, no son mensajes del «otro lado» transcritos con la naturalidad de los momentos vivos... La inminencia de la muerte que hay en toda belleza, bajo el manzano, el instinto del fin que palpita en la pasión, en este caso, la pasión por el arte, el color verde, la disección del pensamiento, la conversación, la escritura. No sé, ¿cómo te diría?, leyendo tu libro, la muerte, al igual que el paisaje y los lugares, es un personaje más, acompaña a Walter en su invisible visita a Virginia, a Richard K. en su paseo por los Jardines de Kew. La muerte narra un intervalo de la historia viva de estas personas, no me descubre frag-

mentos de la «otra parte», más bien el presente del pasado. Santísimas fotografías catalogadas se ponen en movimiento, el instante petrificado sucede.

La estructura del libro gira en torno a la estatura de Virginia Woolf, bueno esto es también tan evidente que resulta vano decirlo, además ya lo adviertes tú en el prólogo. No me parece tonto el señalarlo. Quizá por ello me gusta mucho el libro. Qué significativo el último relato, *Regreso a Monk's House*. ¿Eres tú, Ana María, quien regresa? Todavía la recuerdo sentada en el sillón, con su gran sombrero de verano y un vestido de estampado impreciso. Ella mira hacia un lugar que yo no veo, creo que no sabe que está en mi comedor. *Ya no hay manera de recuperar la vida*, dice. Pero vuelve a Rodmell, repite el gesto de clavar el bastón a la orilla del río y se adentra en eso que sólo arrastra vida. La trae la muerte, me la regala respirando una vez más. Ana María, quizá tú puedas comprender que yo la viera; luego, lo demás es un adorno poético. La señora Dalloway piensa: *qué mañana diáfana* de la muerte.

Volviendo a la anécdota: después de acabar tu libro apilé en la mesa los volúmenes de los diarios, de las biografías y los estudios sobre el Grupo para buscar las páginas de las fotos,... cuántas ¿verdad? Carrington no mira a la cámara, parece una chiquilla sentada en el suelo delante de la casa, Ralph Partridge y Lytton

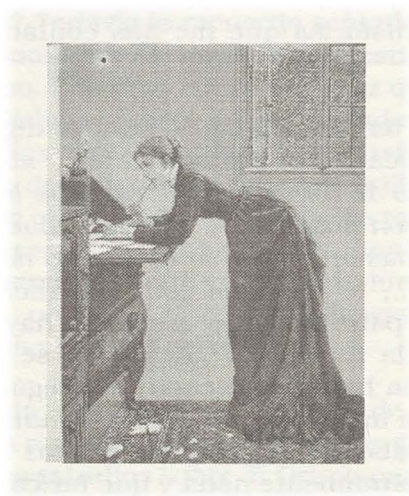
Strachey leen el periódico; Virginia se inclina hacia la niña Angelica Bell con algo, quizá un pájaro o una flor, en las manos y Angelica mira con atención; el primer plano de un Julian sonriente; qué bella es Vanessa; E.M. Foster tiene un aspecto de abatimiento; K. Mansfield está un poco ridícula con ese flequillito; Maynard Keynes parece satisfecho sentado en la mimblera, a su derecha, de pie, el guapo de Duncan Grant, Clive Bell, de pie también, lo está mirando, ¿por qué será? Viejos parientes en los que me reconozco, Ana María. Las historias que me has contado ya estaban cerca de mí.

Y para terminar la carta, aunque digas en las Claves onomásticas [ cito textualmente]:... *no sería necesario este anexo de correspondencias entre la persona real y su recreación narrativa. Los relatos pueden leerse independientemente de que se conozca o no el mundo de Bloomsbury...*, te diré que esta matización carece de importancia para mí, ¿qué diferencia hay entre la persona real y la narrativa? ¿Acaso no se va narrando-escribiendo la historia de cada uno según la vive? Tal vez haya que amar de antemano el «*mundo de Bloomsbury*» por saborear a gusto los relatos o, tal vez, no conocer absolutamente nada y que nazca la curiosidad y preguntar quiénes eran De cualquier modo y para terminar, ¡ya de verdad!, los **CUENTOS DE BLOOMSBURY** poseen el extraordinario valor de las narraciones escri-

tas con un cuidado exquisito y ese otro valor de quien aprecia, por encima de todo, lo que escribe, los lugares que iluminan su retina, los nombres que danzan ocultos y precisos, los fantasmas que nunca lo serán.

Con cariño

***María Antonia***



---

## EL DÍA DEL ECLIPSE

por *Paco Morata*

**E**l día del eclipse no fue lunes, ni viernes, los días en que Tolunes, el frutero, hace su recorrido por las cortijadas del Campo de San Juan: Las Casicas, Aledo, Soria, Ribera, La Loma, Casa Nueva, El Moral, Letrao, Venta Nueva. Siempre la misma ruta, a la misma hora, los mismos días. Nunca miércoles. Excepto el día del eclipse.

Llegó muy temprano, apenas había amanecido, pitando según costumbre, aunque la bocina no molestaba como en otras ocasiones. La furgoneta hacía menos ruido y apenas levantaba el polvo del sendero. Se acercó casi en silencio -las ruedas gastadas parecían no rozar los riscos del camino-, envuelta por una luz que el alba y la luna, que empezaba a interponerse ante el sol, hacían muy difusa. A Milagros se le vino a la cabeza una escena de película; un coche acercándose despacio, por una carretera que hierve con el calor del verano.

Tolunes abrió la puerta lateral del furgón y esperó paciente a que acudieran las mujeres, más legañosas, más dormidas, sorprendidas por el madrugón que se había anticipado a los gallos, sin tiempo de arreglarse

las horquillas. La mañana olía a más nueva, más limpia, se oía el silencio. Cosas del eclipse -pensó Milagros, mientras acariciaba la fruta de una banasta, sin darse cuenta. Estaba mirando a un hombre sentado en el asiento delantero, el del copiloto. Un hombre alto y muy delgado, del color de las velas de sebo, pálido como la cera, pero más transparente. Un hombre de ojos claros, silencioso, abotonada hasta el cuello la camisa de manga larga, cruzadas sobre los muslos esqueléticos unas manos como exvotos, idénticas a las que había visto colgadas en la ermita de la Rogativa, entre trajes de novia, uniformes de soldado, vestidos de torero y frascos con amputaciones conservadas en formol; apéndices vermiculares la mayor de las veces. Pago de promesas de algunos fieles a cambio de beneficios recibidos. Virgencica, que mi niña sane de la gangrena (una pierna de cera). Virgencica, que me quede en España pa mi novia, pa mi madre (el traje de recluta). Virgencica que se cure mi niño del cólico miserere (el trocito de carne en un bote de mermelada). Virgencica, que no me quede para vestir santos (los tules colgando de una percha, amarillentos, cubiertos de polvo y telarañas). Virgencica de la Rogativa, que apruebe prisiones (el temario atravesado por un hilo bramante, suspendido de un clavo)...

Un hombre inmóvil que anotaba en una hoja de papel de estraza los precios de los motes, que hacía las sumas al instante, y las mostraba a Tolunes, por enci-

ma del hombro, sin volverse, sin decir palabra.

- Mi padre - explicó Tolunes, sin que nadie le preguntara -. Que está delicado y no me atrevo a dejarlo solo en casa.

La fruta de aquel día resultó la más dulce que habíamos comido, la más jugosa, la más sana. Néctar y ambrosía de los dioses, envueltos en diversas apariencias. Un placer del paladar que, al mismo tiempo, nos alivió los males durante una temporada: Fermina estuvo viendo sin que le estorbaran las cataratas; José cavó y regó, abrió paradas y amontonó tierra, sin molestias del reuma; Ceferino volvió a montar el caballo, libre del azote de las almorranas; Mariana, que siempre anda la pobre tan mal de la cabeza, se acordaba de todo lo que tenía que hacer y de dónde estaban las cosas de la casa; los niños no cogieron sabañones y la maestra pudo dar clase sin que la interrumpieran con ninguna impertinencia; se perdió el olor a basura del estercolero y las gallinas que comieron las mondas de la fruta, las sobras del puchero, ponían los huevos más gordos, de dos yemas; las palomas no cagaban la calle y las ovejas olían a lana virgen lavada con Perlán, con suavizante. Y se quería la gente: Se volvieron a hablar hermanos que llevaban peleados más de treinta años, por dos palmos de tierra en una linde; vecinas que riñeron en la mocedad, porque las dos querían al mismo hombre, que al final se marchó a Caravaca y las dejó compuestas; Paula, la del estanco, que vende de todo, bajó los precios a

niveles razonables; y no hubo disputas por el agua durante algún tiempo.

El siguiente viernes aguardábamos a Tolunes ansiosas. Dispuestas desde antes del amanecer: con la faja puesta, la cara limpia y el pelo bien cardado. Pero tuvimos que esperarle hasta la hora de siempre. Oímos el estruendo del claxon que nadie aguanta, el traqueteo destartalado de la Vanette, que se cae a pedazos; vimos acercarse la nube de polvo que levanta en el camino; sus gritos de mal genio -«Vamos, Marías, que me se hace tarde»- despertando a los chiquillos. Los tomates buenos, los plátanos maduros, las lechugas en su punto, las peras duras, las manzanas pasadas. La variedad de siempre.

Y Milagros que pregunta «¿Hoy no traes a tu padre?» Y Tolunes que la mira, con esa cara de sapo mal parecido, cabreado y blasfemón, y le contesta de muy malas pulgas:

¡Qué leche mi padre. Si mi padre hace siete años que está enterrado!

#### KODACHROME 4. SUPER 8

**E**l cuadro de la ventana ha estado oscuro, casi inexistente sobre el fondo de ladrillo rojo que el humo y el tiempo han ido envejeciendo. Ahora la luz que sale de la habitación enmarca un espacio donde la lluvia es más visible. Tiene los cristales abiertos.



Camina hacia el estante de los libros, enciende la radio («Tú y yo, muchacha, estamos hechos de nubes. Pero ¿quién nos ata?»- canta Pablo Guerrero a lo lejos) y se sienta a leer frente al espejo («Dame la mano y vamos a sentarnos bajo cualquier estatua») Busca la postura más cómoda, con movimientos bruscos de su cuerpo. La distrae el olor de la tierra, mojada después de todo el verano sin llover («Es tiempo de vivir, de soñar y de creer»). En el espejo debe estar reflejada su cara adolescente, casi niña: el flequillo apenas dividido, cayendo hasta las cejas, el dibujo esfumado de los pómulos, nariz, barbilla; la boca a la que dedicaste tantas horas, caricias, versos; contemplada, besada, descrita; dibujada en luz, en saliva, en palabras («que tiene que llover»). No puedes ver con claridad los ojos, el color de sus ojos, que nunca después pudiste asegurar cuál era, que escapaba a tu memoria apenas los cerraba, que quizás nunca llegaste a percibir, ensimismado en su belleza como estabas. Eran tristes, recuerdas. Ojos brillantes de lágrimas, cuando de su boca salían carcajadas («tiene que llover»).

Se levanta, se atusa un poco el pelo, mecánica, deja el libro sobre la butaca con una leve flexión de las rodillas; viene a mirar la calle. Detrás de su perfil, oscurecido por el contraluz, se hace más intenso el color del papel, la esquina del armario, la pantalla de la lámpara en la mesa.

Casi inmóvil, con los brazos cruzados bajo el pecho, inclinada, observa algo; piensa algo a lo que nunca

tuviste acceso. Pasan así dos minutos casi exactos. Puedes decir los segundos y las décimas. Los tienes cronometrados («*tiene que llover*»).

Se abre la puerta que hay al fondo, por encima de su cabeza, que se vuelve, alguien la llama. Se aleja. Por un instante ves su espalda iluminada y apaga la luz. El cuadro de la ventana vuelve a ser difuso, casi inexistente sobre el fondo de ladrillo visto que el humo y el tiempo han ido oscureciendo.

Luz blanca sobre la pared pantalla de tu dormitorio. Cortas la proyección. Mientras rebobinas recuerdas, como todos los días, que llegaste empapado a tu casa («*Que tiene que llover a cántaros*»). Algunos días después, se sentó a tu lado, por casualidad, en el metro. Saliste de la estación detrás de ella. La ibas persiguiendo. La abordaste con una estupidez: el chiste de los borrachos aquellos que parecen acabar de conocerse; intercambian datos y resultan ser padre e hijo. Vosotros no. Sólo la calle. Tu casa unos números más arriba de la suya. De sobra lo sabías.

Acabasteis comiendo una hamburguesa debajo de sus balcones.

-Mamá, estoy en el Alaska, ahora subo- En el telefonillo; para que no se intranquilizara. Eran más de las diez.

Después vendrían las citas, los besos, los poemas, esa noche juntos -de la que apenas guarda detalles tu

memoria -, y el accidente (*«Ten tu barro dispuesto, elegido tu sitio, preparada tu marcha»*). Mañana hace veinte años.

Esta breve película robada, pobre de luz y temblorosa, que ella nunca llegó a ver, es lo único que conservas de una relación que podría haber hecho tu vida diferente.

*(«Hay que doler de la vida hasta creer que tiene que llover a cántaros»* -cantaba Pablo Guerrero, desde el Olimpia)

### DELIRIOS DE CUCAL

**H**uyo de la luz como huyo de toda presencia que no sea el placer de la hembra que me atrae con efluvios de feromona. Reculo a tientas, golpeando mobiliario, esquinas, promontorios, al encuentro del sexo que me incita. La ciudad no me quiere, no me quieren los hombres, mis vecinos, mis aliados; nada importa que consuma su inmundicia, transforme sus despojos, que aminore la capa de mugre en la que flotan sin remedio. Sienten asco, tienen miedo. Encuentro cadáveres abiertos, barridos con el tamo, sepultados en plástico; vísceras derramadas de aquellos que osaron, arrojados o necios, abandonar su refugio en las tinieblas. A ciegas rehuyo por pasillos en ruinas, por calles solitarias, ejerciendo mi oficio, buscando en alacenas, en cubos de basura, en mugrientos recodos atascados que almacenan detritus. Me contagia su olor, no me soporto. Mi

coraza aceitosa me repugna, aunque contribuya a mantenerme vivo. Busco el polvo blanco, la química vertida en los rincones, la trampa del camello tendida a mi paso; aguanto el chute, el tirón, no me resisto, aunque sé que me está matando. Y qué más da, si todo en esta vida es muerte: mi ambular sepultado, la descomposición en que nado, la oscuridad, el luto. No espero más que el descuido, el encuentro fortuito con el amo, el pisotón definitivo que precipite el fin. Será entonces mi cuerpo abierto, reventado, barrido con el tamo, sepultado en plástico como el de otros, arrojados o necios, que salieron a la luz y perecieron.

## DOBLE DOCENITA DE PICOTAS

por *Jesús Pino*

**E**l destino de cada hombre y el destino de cada mujer está hospedado en las literarias flores del ajemuz y en las no menos poéticas auroras boreales del planeta Júpiter, respectivamente y sin mezcla que pudieran conducir a confusiones o faltas de entendimiento. Se sabe, porque está documentado y sostenido por las autoridades convenientes, que los hijos del algebrista persa Artajertes fueron doce: Mahuman, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar, Carcas, Hegue, Saasgaz, Birgán, Teres y Hatac, e igualmente se sabe que los doce fueron eunucos servidores en el palacio del rey Casuero II. La vocación de cada hombre y la vocación de cada mujer se fragua en las volcánicas y urticantes espinillas de las hojas de la ortiga y en las lluvias de diamantes que crasan las tenebrosas profundidades de la atmósfera de Neptuno, respectivamente y sin imbricaciones que pudieran inducir a complejidades innecesarias. Esto no se sabe con demasiada precisión, pero pudo ser que las doce hijas de la poetisa asiria Vasti se llamaran: Caliya, Mentra, Avinaar, Suriya, Addaba, Treish, Essi, Cotris, Zerena, Ransac, Rabila y Anabias, y que las doce fueran concubinas del monarca Aphilet, disfrutando de la vida cortesana mientras pudieron y las dejaron. *El viento*

*asalvajado del azar dispendia entre los hombres y entre las mujeres gozos y quebrantos, sin miramiento alguno frente a la edad, la fortuna o la religión, tampoco frente a la hermosura, la vestimenta o el temperamento; el viento arremolinado del azar, trae y lleva, quita y otorga, hace y deshace sin consideraciones, sin favoritismos y sin misericordias. Mahuman, el primogénito de Artajertes el algebrista, fue obediente y leal servidor de su rey; Mahuman acarreó acanariada voz y ovalado vientre por los pasillos y laberintos reales, yendo y viniendo de las estancias del monarca a las de la reina, con pasos mudos y mucho comedimiento, llevando y trayendo mandados y noticias. El eunuco Mahuman murió lentamente de viejo, sin dolor reseñable, y aún hoy, es posible, siga su vaivén en el limbo de los inocentes. La historia de cada hombre y la historia de cada mujer se teje y desteje en la Gran Rueda de la Vida con no pocas dificultades y no menos trabajos, para luego dejar como gloriosa herencia un fino hilillo de gozos y sombras en el pesado arcón de la memoria colectiva ( y, a veces, ni eso). Caliya, la primogénita de Vasti la poetisa, caldeó con mimo y complacencia el lecho de maderas preciosas de su amo y señor durante las tibias noches del invierno; Caliya, la dócil y paciente concubina, fue hembra de acaudaladas carnaduras, generosa y cálida, que, tal vez, aún, permanezca tumbada en los frescos oasis del Paraíso. Los hombres débiles y las mujeres poderosas calibran muy equivocadamente sus circunstancias; ambos son los*

*oxidados extremos de la honorable gargantilla que engalana el muy exquisito cuello de la Justicia Universal. El eunuco Bizta escanciaba los vinos con ponderada habilidad y justeza, ni más ni menos, exactamente lo que el protocolo palatino demandaba: los ácidos vinos tintos en bandeja y vaso de alabastro, los dulces y afrutados blancos en bandeja y vaso de oro; el eunuco Bizta, jamás que se sepa derramó una gota de agua sobre el mármol rosado de la mesa real y quizás por ello, aunque es difícil la información al respecto, siga acuñando las minúsculas gotitas del rocío del tiempo en la imparable clepsidra de la eternidad. Cuando un hombre y cuando una mujer quedan prendidos por los pringosos alfileres del amor ni se abre la tierra ni se altera el monótono sorbo de los agujeros negros ni se desequilibra la balanza de pagos de las hortalizas; no obstante, la cósmica tozudez de la entropía enferma de ternura. Mientras pavoneó los pechos más sensuales de la corte, Mintra, mientras pasó por ella la juventud, fue la concubina más deseada y solicitada en las ardientes noches de Aphilet; luego, los pezoncillos melosos se le tornaron bellotas edulcoradas y, al final, vinieron a ser dos costras negras de muy desagradable aspecto. El rey la recuerda con nostalgia y cada último día de verano ordena poner una rosa amarilla en los pies de la tumba donde reposa la de los pechos con sabor a mermelada. La gloria que cada hombre y la gloria que cada mujer alcanzan no debe servir, ni a los unos ni a las otras, de*

*distracción en la urgente tarea de alfabetizar a las mostrencas muchedumbres de sus adoradores.* El eunuco Harbona, gigantón de cuerpo y enteco de inteligencia, amparó brava y acertadamente, las perseguidas espaldas y los acechados pechos de su rey y señor; Harbona fue una infranqueable muralla para las malvadas, ambiciosas y rastreras cuchillas lanzadas, desde misteriosas oscuridades y tenebrosos laberintos, contra la desprevenida aureola de la realeza; Harbona nunca vaciló frente al osado enemigo y, es más que posible, que ahora ostente algún grado de oficial en las interminables batallas que aborrascan los espacios entre el Bien y el Mal. *Cuando las primeras luces del día se empluman en las hojas de la madre selva prorrumpiendo en melindrosas músicas, las almas perdidas por las grisáceas lujurias de los sueños lamentan el extravío de las llaves con que abrir las saludables puertas de la castidad y el manso piar de los gorrioncillos camperos.* La tercera hija de Vasti la poetisa asiria, Avinaar, no fue, y todo hay que decirlo aunque la verdad nos ruborice, gran cosa en el arte del placer; cumplidora, sí, pero sin gracia; predispuesta, sí, pero sin apasionamiento; generosa, sí, pero sin violencia; Avinaar entraba en el lecho del rey igual que en las redondas aguas de los baños y salía con la misma indiferencia y desgana con que excusaba los jardines de naranjos al atardecer. Avinaar hubiera sido una buena esposa pero, mejor decirlo ahora que no lamentarlo después, como concubina no llegó a ocupar página áurea



en los ilustrados libros de las celebridades cortesanas. *Los cielos azules del mes de febrero no captan los olores de las violetas florecillas silvestres que alfombran los ocultos terrenos entre las moles graníticas, ni los aguilu- chos, ni las cigüeñas, se deleitan con los astifinos aro- mas, extasiados, como están los altos espacios, las acechantes carroñeras y las blanquinegras zangolopinas de las torres, con el suave murmullo de la flauta de pie- dra anaranjada que brota de una esquina de la nocturnidad.* El refulgente y afilado alfanje cayó, cerce- nando la mano del mendigo blasfemo, con un rápido, seco y preciso movimiento del que Bigta, el verdugo eu- nuco, quedó satisfecho, muy satisfecho, hasta el punto que, limpiada la cuchilla con una mezcla de limón y leche de cactus, apoyó sus labios en el frío y brillante metal con la misma pasión con que hubiera desflorado los labios de su amante; luego, Bigta, recogió la mano desamarrada y la arrojó a lo alto para que su hermoso galgo afgano luciera sus portentosas habilidades; Bigta no sonreía nunca pero su corazón se refrescaba viendo comer a su saltimbanqui compañero. Hay pocas dudas sobre que el eunuco Bigta releva al arcángel de la flamígera espada en las guardias nocturnas frente a la Puerta de Adán en el jardín edénico. *Las infinitas galaxias que van y vienen por los vacíos desiertos del Cosmos determinan, aunque se ignoren los mecanismos, las turbias inspiraciones de los asesinos y las benditas fantasías de los santos; unos dicen que por influencias*

*electromagnéticas, otros que por espectrales arremolinamientos; estos temas de ciencia astral son complejos y difíciles, cuando no sospechosos, y se hace bien no tomándolos en serio.* Suriya es que no paraba de reír. Y claro, el rey Aphilet desenvainaba el miembro monarcal y, desconcertado al ver cómo se reía su concubina, se le abatía el cetro, y entonces la mirada se le tornaba peligrosa y sanguínea como la mirada de un león enfurecido. Suriya no podía contenerse y se seguía riendo muerta de miedo. A la concubina Suriya el vello púbico, sedoso, rizado y castaño, le cubría el ombligo (capricho de la naturaleza y festejo para los dedos). Se desconoce por qué el rey la permitía tamaña extravagancia y no menos desconsideración no obstante mirarla con aquella fiera mirada de carnívoro. Suriya pereció atragantada con un coágulo de sangre real mientras reía, vamos, casi sin poder, con el prepucio del monarca acariciándola las amígdalas. Dicen, pero es probable que sólo sea una envidiosa y retorcida mentira, que el rey mandó cerrar todas las fuentes de sus patios, durante nueve días, en señal de luto por la alegre Suriya. *La memoria de cada hombre y la memoria de cada mujer están impregnadas con zumo de mandrágora y babillas de malva rosa, respectivamente, sin posibilidad de transferencias y revoltijos mutuos, para que los recuerdos hielan sus instantes entre orines de ahorcados y vómitos de saltamontes.* Abagta cultivó la voz más dulce y lastimera de cuantas se tienen noticias en las satrapías del imperio y sus re-

citales atraían a los salones reales más gentes que las fiestas onomásticas de Casuero II; Abagta, el eunuco, llegó a tener fama de mirlo hechizado, de alondra embrujada, de arroyo nacido de vientre de mujer; oír a Abagta llegó a ser un tesoro más codiciado que los rojos cortinajes de lino, que los herrajes plateados de los cofres, que las pequeñas y redonditas lágrimas de los peces del estanque; el eunuco Abagta no decía las palabras, las creaba en el interior de los corazones oyentes y allí se hacían realidad sus músicas, sus deseos y sus paisajes. Abagta falleció de unas miserables paperas y no es de extrañar, aunque considerado con prudentísima cautela, que siga recitando la caricia del viento al mover sobre las dunas las frágiles y cristalinas arenas de la eternidad. *La codicia de los hombres y la codicia de las mujeres se neutralizan con mixturas de ala de alcotán y resina de pino canadiense, respectivamente y sin combinación alguna, aplicados con preferencia en las yemas del dedo del sentimiento enfermizo y la imaginación adulterada.* La concubina Abdaba no se lavó las partes pudendas durante cinco años consecutivos por razón de una dolorosa, diabólica y excéntrica promesa. Le olía como dicen que huelen los prostíbulos del infierno. ¡Qué peste! Ni las aguas de rosa, ni las pieles de naranja, ni los aceites perfumados lograron atenuar los rancios y podres efluvios de su mapache. Al finalizar el tiempo prometido, Abdaba, se metió en una tina de espumas de ortiga y, a la noche, cumplió, con efectos re-

troactivos fogosos y muy placenteros. *El iluminado chorro de agua de la fuente sube y baja, crece y decrece frente a la fascinación de una muchedumbre de pajari-llas de la nieve que rebosan los aledaños pinos, entrando y saliendo, volando y posando sus plateados cuerpecillos en las oscuras verdosidades de las frondas. Y al fondo, en un poniente moribundo, una larga y horizontal faja rojiza desvae, a grises lentos, los últimos caprichos del crepúsculo.* Al eunuco Betar la humanidad le debe, como mínimo, dos descubrimientos fundamentales en el complicado negocio de la multiplicación de los tesoros palaciegos; al eunuco Betar la humanidad le debe más cosas, y ya iba siendo hora de reparar la tamaña injusticia de su olvido y la ingrata desorientación de su desconocimiento; el acerbo común nunca pagará con suficiente consideración el legado de sus hallazgos; la gloria mercantil le adeuda, al eunuco Betar, dos piedras básicas de su emporio: el sapesai y la pernicioso función de los haruits, dos conocimientos que, bien utilizados, permiten discernir la necedad de la locura y la sabiduría de la manutención. Al eunuco Betar le faltaron medios para divulgar universalmente sus excelencias, también le faltó tiempo porque se le halló cadáver al pie de una columna, misteriosamente, el mismo día de dar a conocer las fabulosas facultades del sapesai y los haruits. *Los pensamientos de cada hombre y los pensamientos de cada mujer esconden, y es lo mejor para todos, baúles de indecencia y joyeros de me-*

*nosprecio, respectivamente, sin intercambios ni comunicación que predispongan contra los saneados principios de las unidades conyugales ni contra las individualidades de solteros y viudas. De Trush, la sexta hija de Vasti, la concubina ciega del rey Aphilet, tan sólo nos han llegado tres noticias confusas y de escasa enjundia biográfica: que en los relamidos y gustosos torrentes del orgasmo se le abrían desmesuradamente los ojos gritando «Veo, veo» (información recogida de los diarios eunucinos); que confundía el canto del ruiseñor y el silbido de la lechuza y que sabía bordar cabezas de dragón con hilo de oro en las anchas hojas de los helechos. Las tres noticias podrían ser falsas aunque también podrían ser verdaderas, nunca podremos saberlo con el mínimo error permitido para que sean incorporadas al grueso y pesado Libro de los Concubinatos. Cada hombre a lo largo de su vida y cada mujer a lo largo de la suya ven, al menos una vez y con inconfundible precisión, el calizo rostro de la muerte disimulado entre la multitud; los hombres, por lo general, se asustan y duermen, esa noche, con intermitencias y sobresaltos, porque la ven como a mujer hermosa e inalcanzable; las mujeres ni se inmutan y duermen, esa noche, con placidez biliosa y combativa, porque la ven como puta al acecho de sus hombres. A Carcas, el eunuco, le pegó tal hostia (con perdón) la reina que se le desprendieron tres muelas y el arete de una oreja; el eunuco Carcas fue un atrevido y pagó cara su osadía no obstante haber sido*

frecuentemente avisado por sus hermanos: que toques el culo a las concubinas, pase; que dejes tonta la mano a la altura de sus pechos, pase; y siempre con disimulo y calculada discreción; pero Carcas, el culo y las tetas de la reina son, y piensa lo que quieras, sagrados, como los cocodrilos y las salamanquesas. El eunuco Carcas adelgaza vertiginosamente en las mazmorras del palacio; una escudilla de agua y una puñada de pasta de arroz no es alimento suficiente para quien, y es una seria advertencia, malgasta su imaginación en fantasías manufacturadas con los ardientes atributos de una reina. *Las necesidades corporales de cada hombre y las necesidades corporales de cada mujer son, pese a quien pese, intrasferiblemente similares; sobre esta apreciación y debido a sesgadas y fraudulentas interpretaciones, hay que subirse al saco y poner la cacharrería por el suelo. El hombre y la mujer regüeldan con semejante y esponjosa sonoridad; el hombre y la mujer peen con análogo y pútrido virtuosismo; el hombre y la mujer cagan idénticas y malolientes miserabilidades. Y dicho esto que cada cual aguante su palo.* La joven concubina Essai, sorda de nacimiento, se quedaba dormida tras el ya, puede que le bajara la tensión o le subieran los azúcares del cuerpo; la concubina Essai quedaba muy relajada tras el descabalgamiento real e iniciaba un suave descenso hacia las grises llanuras de la ensoñación donde aligerando las sedas transparentes, corría desnuda en pos de los abiertos brazos del príncipe heredero con el que

hacia el amor hasta las claridades del alba. Si el rey lo descubriera, la concubina Essai sería decapitada ipso facto, pero los sueños protegen sus infidelidades con celosas y acrisoladas cerraduras. *Las tres raíces por las que se nutre el sofisma amoroso son: la pilosa raíz de la satisfacción, la raíz bulbosa del entendimiento y la aérea raíz de la movilidad. Hay barbechos de amor que nunca han conocido las reseñadas virtudes; hay cerezos de amor que sólo alcanzaron una o dos de ellas y a la fin y a la postre se secaron. Se precisan las tres y cuando alguna falla, las cosas van de mal en peor hasta que dan en lo terrible.* El guardián de las mujeres, el eunuco Hegue, fue el único eunuco castrado de los doce hermanos; no podía ser de otro modo; Hegue vivió toda su existencia laboral oliendo los densos perfumes femeninos, oyendo las histéricas risas femeninas, viendo los deseables cuerpos femeninos; el eunuco Hegue llegó a saber de las mujeres más que ellas mismas y retenía en su memoria los lirios de la tristeza de algunas, las voluptuosas camelias de las otras, los inequívocos alhelíes de la envidia en demasiadas. Cuando el rey requería su consejo diestro y sabio, Hegue, el eunuco, supo en cada momento elegir a la más conveniente para equilibrar la fatigada naturaleza del monarca y mantener la delicada estabilidad del reino. *El odio de cada hombre y el odio de cada mujer emergen de las negras y emponzoñadas uñas del avestruz y de las negras y arcillosas galerías de la lombriz, respectivamente y sin posibilidad de error*

*o equivocación que pudiera confluír en el hastío de los aborígenes australianos o en la mendicidad de los anacoretas del Cáucaso, ambos aconteceres, como se sabe, determinantes signos del origen cismático de las Iglesias del Último Día. A Cotrix le desagradó, profundamente, que su amo y señor la ordenara desnudarse ante aquellos groseros, borrachos y maldicientes invitados. A cotrix no le resultó agradable servir de juez en aquella obscena, desvergonzada y animal apuesta. A Cotrix, a veces, y en esta ocasión con más motivo, las órdenes de su rey Aphilet, se le antojaban insultantes, plebeyas y dolorosas. La concubina Cotrix estuvo dieciséis días con el ano inflamado tras la palaciega zarabanda; dieciséis días triste y ojerosa a pesar de la sortija de ágata que le obsequió el sátrapa triunfador. Cotrix, en su corta pero sensata visión de los hechos, piensa, aunque no se atreva a decirlo, que siete eyaculaciones sucesivas sin extracción, bien pudieran haberse pagado al menos con una diadema de amatistas. La vanidad de cada hombre y la vanidad de cada mujer proceden de una imperceptible y no obstante condicional vacilación ginecológica en el acontecer de sus llegadas a este mundo; cuando y durante el parto el pensamiento del ginecólogo se evade y extravía por las dudosas confortabilidades sabáticas, algo en las caracoleantes cadenas genómicas chirría y el hombre o la mujer padecen muy asquerosas y memas tajadas de vanidad; si durante y cuando el alumbramiento la imaginación del ginecólogo se encumbra hasta los nevados*



*ornamentos del Olimpo o hasta las rústicas laderas de Hita, las diademas aminoácidas lubrican sus engarces y propenden, en sus impulsos codificadores, hacia las virtuosas sendas de la humildad. Saagar el eunuco nació, creció y maduró con un paladar tan sutil y esmerado que las cocinas nunca proveyeron manjares tan sabrosos, delicados y exquisitos como durante su gobierno. Saagar el eunuco elevó la rutina de la mesa real a la categoría de obra de arte: las carnes de león, de serpiente, de corza, de paloma, de cabra y de faisán se tornaban en sus alquimias culinarias en cremas, mermeladas, gelatinas, jaleas afrutadas, jarabes y almíbarres agridulces. El rastro del tomillo, la sombra de la hierbabuena, la estela del romero, el guiño del ajo, la nube de la pimienta, eran estratégicamente ponderados como bellos fantasmas acariciando la lengua, pellizcando el paladar, besando suavemente la nariz. A Saagar nadie le discutió su valía estética y poética. Pero tampoco nadie le consultó sobre las divinas recetas y, el eunuco, se las llevó consigo para gloria y disfrute de las glotonas almas de los infiernos. La soberbia repunta en la mareilla de aire frío que baja de las vetustas piedras de las viejas ciudades y va ocupando las huertas de los papas, los maizales de los reyes, las norias de los asesinos y las vaguadas de los encantadores de vencejos; la soberbia es malsana humedad que pudre las pupilas y ulcera los estómagos; la soberbia de cada hombre y la soberbia de cada mujer se levantan muy de mañana para*

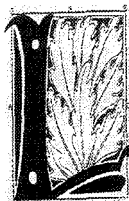
*ocupar las mejores esquinas de la estupidez mendicante. Zerena, ay, Zerena, la más hermosa de las concubinas, la más silenciosa de las concubinas, la más placentera de las doce hijas de Vasti, la vagina más honda y más cálida de todas las hermanas, el corazón más ensoñador, la más secreta, la más solitaria y misteriosa, Zerena, ay, Zerena, la de los ojos negros, la de los dedos largos, la de la espalda recta, la más perseguida, la más deseada, la más obsequiada, Zerena, ay, Zerena, ¿qué busca tu mirada más allá de los montes azules que no encuentras en las anchas palmeras de tu veneración? La soledad de cada hombre y la soledad de cada mujer viajan de Norte a Sur y de Este a Oeste, respectivamente, sin encuentros ni choques que pudieran desviar sus connaturales inclinaciones ni amojonarse en confusos grumos que den lugar a la desorientación o a la pereza de los peligrosos vagabundos, de los sospechosos peregrinos o de los furtivos traficantes de piedras de riñón robadas a los enamorados en las penumbras veraniegas de los trigos. No se debe amenazar a un rey. Eso lo saben todas las personas de buena crianza y elemental educación; lo saben también los vasallos leales y prudentes; lo saben los desheredados por los dioses y por la fortuna, los escandalosos niños que patalean en las fétidas aguas de las calles y los vendedores de esencias y pescados. A un rey no se le debe amenazar. Lo saben casi todos. Los eunucos Birgán y Teres debían saberlo. Birgán y Teres, servidores reales, debían saber que al*

rey, su amo y señor, no se le puede amenazar aunque el rey, su amo y señor, les hubiera ordenado, sólo para divertirse, que se comieran sus excrementos recíprocos. Alguien les debía haber advertido que no se puede intentar pegar a un rey, con o sin razón, pero ya es tarde y Birgán y Tere se pudren a la entrada de la ciudad, colgados, frente a un atardecer hermosísimo y ejemplarmente intocable. *Los surcos abiertos por el continuo fluir de las aguas atestiguan, sin voluntariedad, la blanda e inconsistente compacidad de las tierras, sobre las agudas navajillas y los veloces insectos acuosos que horradan y arrastran hasta profundidades y lejanos confines los granos pulverizados y las semillas flotantes, mientras el cauce se ahonda y se alarga rompiendo la pradera en dos lienzos al fin y extrañamente solos.* Ransoc y Rabila pecaron de amor y dejaron que su culpa traspasara las tibias atmósferas de sus lechos anegando las doradas avenidas y la frescura de los patios con el aire violeta de sus apasionadas indiscreciones. A Ransoc y Rabila, el aleteo de sus párpados, los hoyuelos de sus sonrisas y los arreboles de sus mejillas, les condenó con más y poderosa certidumbre que los argumentos del viejo sacerdote. De las concubinas Ransoc y Rabila, los poetas cortesanos extrajeron muchos y emocionados versos de sensuales transgresiones, los lacerados flautistas callejeros, sentidas y suaves languideces de melancolía, los resecos y austeros narradores de corrillos didácticos y moralizantes, recetas para enamorados.

A Ransoc y Rabila las incineraron juntas, respetuosamente, y sus cenizas aún brillan en las primeras horas de la madrugada como verdes escamas de una incipiente lujuria. *El alféizar de las palabras que se abren a los paisajes de la literatura no es tan ancho como para apoyar en él una jaula de urracas o una tinaja de orujo, más bien es estrecho y se abarrota con poco más de un huevo de moscarda o una gota de menta, suficiente, en ambos casos, para que la fachada se ilumine y hechice al caminante distraído.* Hatac, el benjamín, aún aprende las sofisticadas habilidades del eunuquismo. Hatac mira, oye, acompaña, retiene y almacena pasos, gestos, actitudes, acercamientos, posiciones, entradas y salidas para cuando llegue su plenitud. Hatac huele el aire y paladea los vinos, acaricia los metales y atesora las fluctuaciones cromáticas de los surtidores. Mañana, el eunuco Hatac será llevado a presencia del rey y el rey le observará despacio, atentamente, codiciosamente, luego le preguntará cuál es su nombre, cuáles sus virtudes, y tal vez, le apoye su mano en la cabeza incorporándole a su servicio o, tal vez, no. Nunca lo sabremos. *Especialmente ingenuo es el antiquísimo orgullo del escorpión enfatizado por su ilustre picadura cuando rodeado de un anillo de fuego salva su alma ejecutándose con su propia ponzoña y cayendo, derechamente, al fondo de la nada blanca y extensa como una brusca lucidez.* De Anabías, la hija menor de Vasti, la poetisa asiria, poco se debiera decir en esta escalonada crónica de gozos y paciencias, pues no habiendo menstruado, la flor de su vida guarda silencio y del silencio, nadie decente y noble ha pisado sus jardines.



## EL DINOSAURIO YA NO ESTABA ALLÍ

por *Elisa Romero*

La escalera se bifurcaba en el primer rellano. Dos espléndidas escalinatas con balaustrada de piedra blanca se abrían en abanico hacia la planta, donde el nudo grueso de las alfombras de lana amortiguaba el fragor de los despachos.

Romualdito Hernández había subido el primer tramo con paso acelerado, perdiendo el resuello y los nervios en cada peldaño. Tenía que llegar antes, tenía que llegar y superar la entrevista. En esa última prueba sólo se medía ya con un adversario, Heliodoro Souto, y él -lo reconocía sin falsas modestias- daba la talla y la imagenmucho más dignamente. Se lo había dicho su mujer, Alga María, mientras lo ahorcaba con la corbata y le daba el toque de laca en su estudiado tupé... ese infeliz de Heliodoro no tiene nada que hacer, cariño, nunca tendrá tu porte y tu elegancia, dónde va a parar. El puesto será tuyo, no lo dudes.

Alga María idolatraba a Romualdito y Romualdito no podía vivir sin Alga María. Al cabo de veinte años de

matrimonio aún se miraban a los ojos con arrope y a ninguno de los dos se le conoció jamás un solo desliz amoroso. Conseguir aquel trabajo extra sería asegurar el ansiado apartamento en primera línea de playa, que ya todos sus amigos disfrutaban y que él ardía en deseos de ofrecer a Alga María como segundo nido de amor eterno.

Romualdito se encontró con Romualdito en el gran espejo del primer rellano de la escalinata. Le sentaba como un guante el traje color arena, y favorecían su pálida tez enfermiza la camisa azulona y la corbata marrón con aves orientales que le regalara Alga María el último catorcedefebrero. Desde que decidió afeitarse la barba había rejuvenecido diez años, todos lo decían; se valoró su sonrisa y destacaba más la finura importante de su nariz. Todavía no se habían surcado sus ojos y, aunque las canas ya plateaban, conservaba las frondas de su juventud. No, no era un Adonis, pero la extrema delgadez de la que sus amigos y compañeros se burlaban -pura envidia, claro, pandilla de tripudos cuarentones sin futuro- le ayudaba a mantenerse con el garbo y el palmito de los veinticinco años. Romualdito se acababa de comprar un chándal reebok y un chándal nike de tactel superior para pasear con Alga María los domingos y para ir al hipermercado los sábados a hacer acopio de alimentos para los lunes y los martes. Se sentía cómodo y seguro de sí mismo en esa ropa de relajo, ya lo creo que sí. En el pasillo de los yogures y las marga-

rinas se había encontrado el sábado pasado con el jefe de personal que ahora debía entrevistarle. Romualdito notó con gozo el peso de la mirada de aprobación a su futuro subordinado en los ojillos agudos del recortado señor Ramos; habría pensado *este Hernández, tan impecable siempre, cualquiera que sea su indumentaria*. Sí, había sido una suerte azarosa del destino la casualidad fortuita y afortunada de coincidir en el supermercado con Ramos, precisamente cuando acababa de estrenar él, Romualdito, el reebok gris y verde. Y ahora lo vería enfundado en su pura lana beige arena y se percataría de la calidad de quien «sabe estar» en todo momento. Romualdito sonrió a Romualdito y ambos se guiñaron un ojo, con afectada complicidad, en histriónica mueca. El trabajo sería para él, Souto se quedaría con tres palmos de narices, Souto era un hortera sin glamour ni categoría.

Subiré por la escalera de la derecha, que me dará suerte. Pero si yo subo por la escalera de la derecha -se dirigió al Romualdito del espejo- tú estarás subiendo por la de la izquierda, y si yo subo por la de la izquierda tú lo harás por la de la derecha ¿qué me dará más suerte? ¿por cuál debo subir yo y por cuál debes subir tú? No sabía Romualdito qué bifurcación tomar -las piernas se le enredaban en la indecisión- cuando lo sacó de su dilema consigo mismo la voz atiplada inconfundible de ese mequetrefe de Ramos... *no ha tenido usted competencia, señor Souto, mi enhorabuena, el puesto es suyo*



*por incomparecencia del señor Hernández. Me alegro, tengo sentado en la boca del estómago a ese presumido. Mañana a las cuatro de la tarde empezará usted su andadura con nosotros.* Se tropezó su mirada con la de Souto -tejano azul, cami-sa vaquera y cazadora plumas roja con vueltas de cuadros azul marino; zapatos alcántara de suela gorda y cordones de cuero. Soplaba un aire jovial- y las sostuvieron sin saludarse. Al fin, Souto soltó aquello de ¡nos vemos, chaval! que tanto molestó a Romualdito, enmudecido ante Romualdito, fijos sus ojos en el espejo grande del primer rellano de la escalera, del que nunca llegó a pasar. Giró, teatral, sobre sus talones de tafilete acharolado y el cristal repitió la figura famélica de la vanidad sin causa alejándose de espaldas, perdidos ya del todo los nervios, el resuello y el nido de amor eterno en primera línea de playa. El espejo se palpó su azogue, inquieto, pero enseguida comprobó con alivio que no guardaba rastro alguno de la escuálida imagen atildada de rostro lampiño y almidonada cresta. El dinosaurio ya no estaba allí.

## AZARES

**C**omo todas las tardes, Niña Elena abre despacio la puerta de la estera y se sienta silenciosa en el cerro de piedras y ladrillos que el padre amontonara un día con la esperanza de construir una casa como

la de Chureco o la de Don Gerardito, como la de Walter el aguador o la de la bruja Chiclayaná, que cura el susto y el mal de ojo con una rociada de agua de jazmines, y la enfermedad de amores con hinojo y zumo de russelias y miel.

El padre solía conducir una moto-cholo haciendo servicios por el suburbio cuando se le requería, y también cuidaba de la seguridad de Don Michel, en la Municipalidad. El padre había desaparecido una mañana de plomo y viento, allá en el mes de marzo de 1992, la misma en que aquellos mal nacidos acabaron con el coraje de la heroína a la que ella, Niña Elena, debía el nombre. Y nunca más regresó. Acá quedaron la mamá, la anciana abuela curtida de sol y sufrires, Niña Elena, Pequeña Nelsy, un perro pulgoso y flaco que no sabía ladrar y el cerro de ladrillos y piedras que no serían una casa como la de Chureco, como la de Don Gerardito, como la de Walter o como la de la curandera Chiclayaná, que enciende velones rizados para regular el ciclo menstrual de las mujeres.

Niña Elena se acucilla junto al gallo que canta albas equivocadas, perdida su mirada en la cuesta gris que se quiebra de asfalto en la carretera general de Atocongo; y aguarda, aguarda muda y remota. Huele el aire a alquitrán y a queroseno, suerte de pobres.

Desde que el padre desapareciera, la madre apenas se dejaba ver; salía cada día muy de mañana y tomaba la «combi» a Lima, donde trabajaba hasta bien entrada la

noche; a veces les traía leche y bollos, o un poco de carne y unos huevos que la abuela cocinaba en la hornilla de gas, en ausencia de la madre; y ese día no tenían que acudir a los comedores suburbanos. En una ocasión -Niña Elena lo recuerda muy bien- incluso les regaló a ella y a su hermanita una cinta de raso color pistacho para adornar las trenzas.

Al principio, Pequeña Nelsy y Niña Elena acompañaban a la madre a Lima... les gustaba montar en la «combi», que se movía como una coctelera y las zarandeaba de un extremo a otro, y ellas reían y reían, un poco asustadas; en la «combi» olía muy fuerte, a aliento y transpiración, y al hule recalentado y pringoso de los asientos, pero era una aventura desafiar al peligro de las dunas, de las piedras del camino, de los baches de la carretera; y le emocionaba a Niña Elena la llegada a Lima desde lo alto, dominando la bahía. Le sobrecogían las colinas asomando a la ciudad su miseria de cientos, de miles de esteras sostenidas por milagro en aquel suelo arenoso e inseguro, colgadas como si se fueran a despeñar de un momento a otro; y las plazas monumentales, espléndidas, del centro, todas con estatuas solemnes de héroes, guerreros, conquistadores, gentes de bronce a lomos de sus caballos y de su orgullo. Disfrutaba Niña Elena de la mano de su hermana entre las calesas que trotaban a los turistas por los alrededores de la Catedral.

La madre las utilizaba como reclamo de curiosos, a los que las niñas debían distraer bailando al son triste de

una quena que hacía tocar un hombre menudo envuelto en un poncho pardo y negro con un gran quetzal blanco en la espalda, mientras la madre y otro hombre, moreno y robusto, arrancaban el bolso del más descuidado, echaban a correr y se refugiaban por fin en el tumulto piadoso de una iglesia próxima. Un policía se hacía cargo de la situación, conducía a la desolada víctima al coche celular a fingir una denuncia y lo apartaba del escenario para dejar así el campo libre a la pareja, que se dedicaba también al cambio tramposo de moneda, como complemento.

A Niña Elena no le gustaba el trabajo de la madre ni tampoco el hombre ancho y moreno, aunque les regalara caramelos de menta y nísperos dulces a Pequeña Nelsy y a ella. Y es que por las noches el hombre ancho y moreno las obligaba a dormir en el suelo, a ellas y a la abuela, y se les quedaban los huesos ateridos en la arena húmeda al relente del techo raso de la estera. *Compraremos pronto otra cama, me lo ha prometido él* -decía la madre, sin creerse ella misma sus palabras, cuando protestaban- *y también construiremos esa casa que vuestro papá no empezó nunca, oíme bien, chica*. Niña Elena tampoco lo creía, porque desconfiaba del amigo de la madre y porque sabía que la madre nunca había cumplido una promesa.

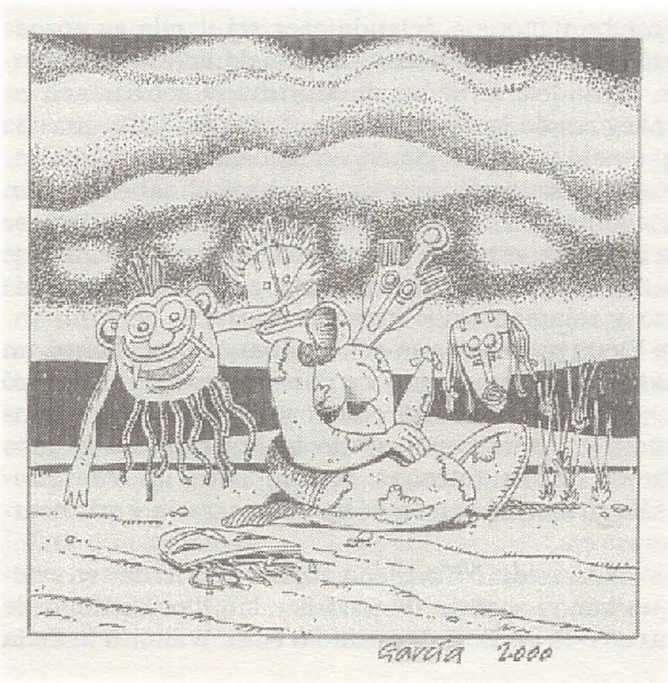
Una tarde vino el hombre ancho y moreno a la estera sin la madre. *Tu mamá no va a venir esta noche, ni en unas cuantas noches va a venir* -le dijo- *De repente tú*

tendrás que aliviarme, chiquita, ¿ya?. Y le fue quitando la ropa, despacio primero, a tirones después, con los ojos estúpidamente encendidos y la piel brillante, borrachera de pisco y deseo. Niña Elena sintió un regusto acre y violento en los labios, a mordisco y a saliva pastosa, y una lengua áspera, ávida de jugos vírgenes, recorriendo su frágil temblor. Luego, un dolor intenso y nuevo en las entrañas, y el cuerpo extenuado del hombre ancho y moreno dejando caer sobre ella su gozosa flaccidez de sudor y babas. La abuela lloraba sin lágrimas, rezándole al Señor de Muruhuay acurrucada en los pliegues de la única manta; Pequeña Nelsy miraba muy quieta y se encogía en un rincón, suprimiéndose. El hombre se vistió de prisa, se atusó el cabello y aún acarició otra vez los casi pechos de Niña Elena, que se estremeció de estupor; puso unos soles en el platito de lata donde bebía el perro pulgoso y flaco que no sabía ladrar y solamente dijo *mañana volveré*.

Niña Elena pasó la mano por la sábana aún caliente; un líquido denso como agua de choclo y moras se deslizó por sus dedos. Se untó con él la cara, el vientre, los muslos, y nuevamente sintió la punzada en lo más profundo de sus entrañas. Pero no lloró, no lloró nunca; sólo se mordió la lengua hasta sangrarla y arrancarle las voces.

Como cada tarde, Niña Elena abre la puerta de esa estera que jamás será ya de piedra y ladrillos como la de Chureco o la de Don Gerardito o la de Walter o la de la

bruja Chiclayaná, que cura espantos con cera y flores. Se sienta, muda, junto al gallo que yerra amaneceres, y resbala su mirada por la cuesta de duna, buscando la línea de asfalto y olas por la que acaso regresará el padre desaparecido aquella mañana de marzo lejano en que siempre huele el aire a alquitrán y a queroseno, maldito azar.



## EL CRISTAL

por *Lola López Díaz*

**A**poyó la cabeza en la ventana. Sintió el frío del cristal. Se acordó de aquel pasaje de *La Regenta* en que el Magistral compara el cristal que le oprimía la frente con «un cuchillo que le iba cercenando los sesos». Siempre le venía la frase a la cabeza, la había comentado cientos de veces con los alumnos. Le hubiera gustado abrir la ventana y que entrara el aire, pero no se podía. Para evitar suicidios decían, ¡qué estupidez!, como si no fuera mayor suicidio vivir en aquella atmósfera artificial.

Le gustaba aquella ventana, se veía un poco de campo, seco y con cascotes, pero ... Un pinchazo agudo le atravesó el pie izquierdo. Lentamente se fue hacia una silla. Se tenía que haber operado. Estiró las piernas y miró las zapatillas llenas de agujeros por donde asomaban juanetes y otras protuberancias. Respiró hondo un par de veces y con mucho cuidado empezó a girar los pies a derecha e izquierda. La doctora le había recetado unas pastillas, pero ella prefería utilizar sus propios métodos. Siempre había desconfiado de las medicinas y ahora tenía graves sospechas sobre los efectos que producían en la gente de su edad, así que hacía como que se las tomaba pero no se las tomaba. Se oye-

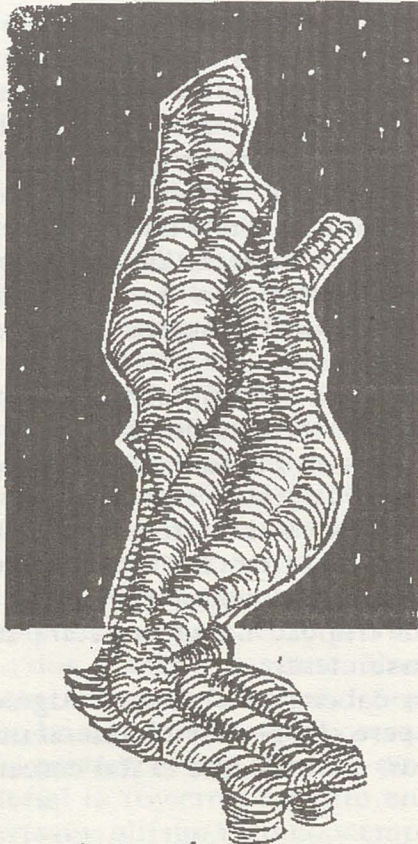
ron voces en el pasillo. Seguramente irían a limpiar y la echarían de allí. Además a la directora no le gustaba que estuvieran solos, ¡había que convivir! ¡había que participar! ¡nada de aislarse! No es que ella hiciera de menos a nadie, no, ni que se creyera superior a los demás, pero la verdad... Se levantó con dificultad, se agarró a la barra que había en la pared y pasito a pasito salió de la habitación. ¡A ver si había suerte y conseguía un periódico! Era la aventura diaria, no sabía cómo se las arreglaban pero siempre los acaparaban los mismos. Milagrosamente encontró uno libre. Se sentó, se puso las gafas y lo abrió con ansiedad... ¡ya habían hecho el crucigrama! Buscó las páginas de espectáculos. Había teatro, había zarzuela, había ballet ... ¡ojalá les llevaran alguna vez en lugar de tantas actividades y tantas majaderías! Si pudiera manejarse mínimamente ya se las apañaría ella para ir por sus medios, claro que si pudiera manejarse mínimamente no estaría allí. Se sintió traspasada por la congoja. Hizo una respiración profunda. Uno ... dos ... tres ... inspirar. Uno ... dos ... tres ... cuatro ... cinco ... seis ... espirar. Repitió varias veces el ejercicio hasta que consiguió centrar de nuevo la atención en el periódico. Los dimes y diretes de un escándalo nacional la tuvieron un rato entretenida. Pusieron la televisión, altísima, como siempre, había que emigrar. Dejó el periódico y se fue a probar suerte a la habitación de al lado. Había un par de mesas de dominó y una de brisca. Discutían en voz alta los pormeno-



res de las partidas. Se quedó en el quicio de la puerta. Todavía faltaba mucho tiempo para el almuerzo. Le dolían los pies. Se sentó con las de la brisca e hizo como que se interesaba en el juego. Tendría que haber una sala sin televisión, sin radio, sin mesas de juego, sin nada. Se lo había dicho a la directora montones de veces, pero siempre salía con lo de la convivencia y la participación, no había manera. Las de la brisca terminaron la partida y se fueron a ver la tele. No le apetecía quedarse allí sola con los hombres. Se levantó y puso rumbo al dormitorio.

El corredor era interminable, parecía que se alargaba conforme iba avanzando. Al fin llegó. Las camas estaban colocadas en hilera, cada una con su muñeca encima. En la pared opuesta estaban los armarios, abrió el suyo y contempló sus pertenencias. Después cogió su muñeca y con ella entre los brazos se fue a la ventana. Era un poco rígida, hubiera preferido un peluche o una muñeca de trapo... La abrazó como disculpándose por el mal pensamiento.

Apoyó la cabeza en el cristal. Alguien decía algo detrás de ella pero ella no escuchaba. Sentía que el cristal era como un cuchillo que le iba cercenando los sesos.



I Garcia, 99

**TIEMPOS MODERNOS, LECTURAS ANTIGUAS****Autor: Lola López Díaz,****Edit. Arrando 4, Madrid, enero 2000**

por *Elisa Romero*

*Tiempos modernos, lecturas antiguas* es un libro corto pero denso en su aparente frívola ligereza, que reúne veinte artículos tan deliciosos como maliciosos, divididos en siete bloques temáticos, un epílogo y una despedida, y dirigidos todos al «crítico lector», que se sentirá confundido con los personajes y las tramas sugeridas que se suceden, desde la página 21, en la que se inicia el primer artículo del bloque primero. Lector, narrador, personajes en una misma historia en la que nada ocurre porque es la propia historia la que está ocurriéndose a sí misma. Lola López nos va trayendo y llevando, al antojo de un azar muy estudiado, de un borde a otro de la calle del Gato, de una a otra cara del espejo de Alicia, y nos introduce en su juego cóncavo y convexo, en su laberinto de verdades como puños, destapándonos los tejados de nuestras propias inconfesables intimidades y nuestros mismos secretos defectillos. Asmodeo de pasmados lectores y Pepito Grillo de nuestras conciencias al desnudo, nos muestra las arrugas de nuestros usos,

abusos y costumbres actuales, más viejas que Maricastaña. Porque descubriremos en cada artículo que nada es nuevo, y que si el escándalo nos arrebola, nos indigna, o ilustra el morbo de nuestras tertulias sotto voce con gesto de sorpresa, es que tenemos poquísima cultura literaria; pues todo, todo lo que la prensa ofrece con espectacularidad malsana, lo que ventilan las revistas chismosas o lo que sedice-secuenta-semurmura-seaspaventa en los círculos trasnochados de las sempiternas vetustas, todo fue, es, será, nuestra propia historia repetida. Lo cuenta la más vieja, la más antigua literatura, siglo a siglo.

¿Que no han leído ustedes literatura clásica ni falta que hace? Pues no la lean, peor para ustedes, pero a buen seguro que si se acercan a las páginas de *Tiempos modernos*, *lecturas antiguas*, les entrarán unos deseos incontenibles de buscar frenéticamente las Novelas amorosas de José Camerino, Los siete libros de la Diana, el Maha- barata, el Libro de Alexandre o el de Los exemplos; La perfecta casada, la Silva de varia lección, El Corbacho, el Sendebarr, Calila e Dimna, el Ramayana, el Cántico espiritual de Juan de la Cruz, el Panchatantra, Los seiscientos apotegmas de Juan Rufo, la Flos sanctorum de Rivadeneira, o la de Alonso de Villegas; el Libro de Buen Amor o La vida de Ysopet con sus fábulas. Querrán conocer de primera mano las odiseas de Ulises enredado en la trampa de diosas y sirenas, que eran todas unas redomadas sibílinas, licenciosas y «quedonas», y

él un pobre pelele botarate y débil; y se desesperarán con la estúpida fidelidad de la boba de Penélope, allá en Itaca, tira que tira del hilo cada noche para cada mañana volver a tejer su sueño, que miren ustedes si era tonta que ni concedía un solo devaneo al cuerpo, con lo cachas que debían ser sus pretendientes, y lo contumaces; pues ni por esas. Y removerán ficheros hasta encontrar la Disciplina clericalis, el Código de las siete partidas, los Desengaños amorosos de Dña. María de Zayas, las Intercadencias de la calentura de amor, de Luis de Guevara, los sonetos de amor de Garcilaso o de Herrera, el Poema de Mio Cid, Don Quijote de la Mancha, las baladas de Goethe, la Leyenda dorada, de Santiago de la Vorágine y, por supuesto, las tiradas de *literatura de cordel*. Encontrarán ahí sus raíces y las de sus mismos vicios y sus virtudes mismas. De nuevo hojearán y ojearán el libro de Lola López, y admirarán entonces las horas de biblioteca, de rebusca y de asiento de cada cita, de cada anécdota, de cada historia. Desde el prólogo, en el que la autora justifica la relación que cohesiona sus artículos como articulaciones de una sola osamenta robusta, que es la sociedad y es el individuo girando sobre sus mismas miserias, sobre su propio caos que *no es de hoy ni de ayer sino de siempre*, hasta cada uno de los textos, nos percatamos de inmediato del trabajo minucioso, avalado por las ciento doce citas a pie de página y las constantes referencias bibliográficas. En su aparente facilidad, Lola se sostiene en

una sólida documentación rigurosa y profunda que le presta oficio y calidad a su literatura, fundamentada en la Literatura. Nada tan difícil como escribir tal cual hablamos y que resulte literario, encima. De todos modos, no piensen que se trata de un libro flojo y ramplón en su lenguaje. Claro que no; he dicho que Lola López escribe como habla, pero quizá olvidé decir que Lola López habla muy muy bien, y seguramente ése es el quid del logro de la riqueza en la variedad de sus registros lingüísticos. Con un lenguaje suelto, desenfadado y enrevesadamente, prodigiosamente, coloquial, nos pone al día sobre las artimañas que usaban nuestras mayores para engañar, engatusar y dárselas con queso a sus ingenuas parejas, o nos habla de los acosos sexuales que sufrían las indefensas mujeres o sobre la grima que les producían a las doncellas castas los arrumacos babosos de vejestorios chiflados y encaprichados con sus palmitos gráciles, o sobre oscuros asuntos de estado, dudosos usos de dinero, crímenes, violaciones, drásticas dietas, ilustres presos y sucesos varios de rabiosa actualidad arrancados del polvo de los tiempos. También, naturalmente, nos confiesa sus amores de juventud y de infancia: su pasión por Shanti Andía o por todos y cada uno de los personajes entrañables de los cuentos de D. Pío Baroja, dándole rienda al fuelle sentimental del acordeón de sus nostalgias de primeras lecturas, entre las que saltan las igualmente clásicas de Maripepa, Celia o la inefable Antoñita la Fantástica quien, con su

repipi amiga Maluies, sus irrepetibles chachas Nicerata y Remigia, la dicharachera abuela, la tía Carol, tan modernísima y lanzada. el atractivo tío Santiago, la tardía Titerris o el soso de Pepito, tantas aventuras y desventuras, contadas con el tono natural de lo cotidiano y familiar -el mismo que Lola emplea, mezclado sabia y medítadamente con la ironía sutil y el verbo exacto de la literatura más culta- nos hizo vivir a las niñas de los años 50 y 60, que por supuesto nos enamorábamos sin remedio del flamante Doctor Vadillo, el Lorenzo seguro, protector y paternal dispuesto a querer y a perdonar las aventurillas alocadas con jovencitos tarambainas (que son los niños pera de hoy, sin más oficio ni beneficio que sus atronadoras motos, su tupé engominado y sus gafas de sol *muchamarca*).

Lola López en *Tiempos modernos, lecturas antiguas*, en fin, remueve los ecos de la vida misma, el eterno ayer del siempre, en esos veinte *suelos* severos pero jocosos que constituyen la nervadura del cuerpo delgado y breve, aunque bien prieto y sustancioso, de este intenso libro indispensable.

## SONETOS

por *Hermes4*

En el otoño pasado, la Editorial **Torremozas**, desde sus **Cuadernos de Olalla**, publicó el libro de Manuel Quiroga Clérigo: **ÍNTIMA FRONTERA**.

Este incansable poeta -asiduo colaborador de **Hermes** y al cual queremos agradecer desde aquí su «desinteresado interés»- nos presenta ahora un grupo de diecinueve sonetos.

Distanciado del trazo al que nos tiene acostumbrados como, por ejemplo, en su notable libro **LOS JARDINES LATINOS**. ENDYMION. 1998, contemplamos un ajuste formal y clásico al metro y tal giro nos sorprende agradablemente.

Escribir sonetos origina una satisfacción particular, pero este ejercicio oculta unas trampas inadvertidas, es decir, unas reglas que por estar estrechamente ligadas a la estructura del soneto deben respetarse si la intención es atenerse al desarrollo verdadero del poema. Manuel Quiroga salva los escollos con sencillez, sin el uso tentador de un juego ampuloso de la rima que, a veces, atrapa cuando «sonetizamos» y con sencillez tra-

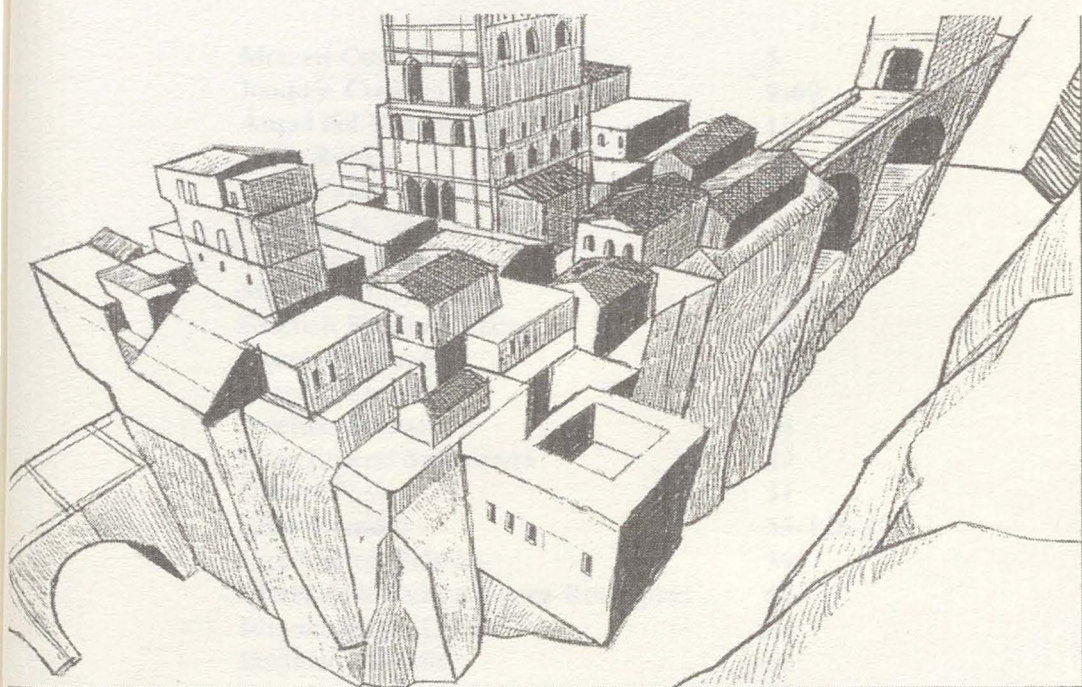


ma el tema íntimamente adecuado a la tradición de la materia de los catorce endecasílabos: es el amor quien recorre las páginas, desdoblándose en diferentes sujetos que sienten su pulsión irresistible. Así, observamos al joven muchacho que escribe el ligero frase de *Ven aquí, ven; hilvana mis sentidos / y no sigas perdiéndote en un sueño*. En otra ocasión el autor recupera una resonancia del color perdido en la poesía: *Aunque seas del viento compañera / ámame por encima de tus dudas*. O el apasionado se vuelve reflexivo: *Aún prefiero un minuto misterioso / a este mundo repleto de vileza/ donde solo el silencio es algo hermoso*. Y en otras ocasiones, la cotidianidad del amor no pierde el asalto del deseo aunque el ritual de este deseo ya no sea el ascenso a la Luna: *Porque es más fácil amarte y desearte / que hallar otra ilusión de madrugada*.

Manuel Quiroga huye de la ocurrencia del hallazgo tanto en la imagen como en el propósito, porque él encontró hace tiempo la mano que le lleva - o acaricia - en la escritura de los sonetos, porque desde la certeza del tesoro poseído no es necesaria la opacidad misteriosa de la frase, y la transparencia, la cercanía de su palabra nos conmueve con un aire de haber sido nosotros mismos los que hemos pronunciado cualquiera de los versos.

Breve libro intenso del amor, breve recorrido por

las condiciones difíciles que podrían enfriar lo que tocan y, sin embargo, en **ÍNTIMA FRONTERA**- título afortunadísimo- se inclinan a la calidez de una llama que juega a ser espléndida o directa, que se consume ora ingenua, ora esencial, aunque nunca limitada por el lado ceniciento de las reglas.



I. GARCIA-2000



## Índice

Manuel Quiroga Clérigo	5
Joaquín Copeiro	9-69
Ángel del Valle Nieto	11
Jesús Rubio	15
Jesús Pino	22-109
Virginia A. Lobos	24
Ian Mackinnon	27
María Antonia Ricas	34-94
Esteban Ramírez Plaza	36
Gustavo Luengo	41
Nieves Salvador	43
Adelina Esteban	46
Pilar Jimeno Salvatierra	49
Daniel Pino	51
Elisa Romero	53-126-139
José Carlos Beltrán	59
María Auxiliadora López Rodríguez	63
Miguel Ángel Curiel	64
Enrique Galindo	65
Juan Carlos Pantoja Rivero	77
Paco Morata	101
Lola López Díaz	135



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**



---

**Obra Social  
y Cultural**

